HOMBRE DE AMERICA

FUERTE Y LIBRE

18



DIBUJO DE ANIANO LISA

30 CENTAVOS

0.10 dólar en el exterior

GAUGUIN por Pedro Olmos

La bizarra figura de Paul Gauguin ha ejercido seducción perdurable entre novelistas y pintores. Con elementos de su vida tejió Sommerset Maugham su "The Moon and Six Pence". Su biografía la escribieron con devoción, franceses como Rotochamp y Morice, suramericanos como Cossío del Pomar. El propio Gauguin incursionó reiteradamente en el terreno de la literatura y en "Noa-Noa" nos dejó un libro inolvidable.

Ahora toca a Pedro Olmos, pintor chileno residente en Buenos Aires, describirnos la vida del nieto de Flora Tristán. En su libro, que editara "Americalee", se reviven los episodios esenciales de aquella vida extraña y terrible: la infancia trashumante, la juventud viajera, la madurez acomodada, la aparición del genio. Con estilo directo y sobrio, Olmos nos interna en los múltiples misterios de esa vida. Pero su condición de pintor, y de pintor americano amante de este suelo y de sus hombres, le permite regalarnos con perspectivas nuevas en la contemplación de Gauguin. Con decisión valerosa nos advierte: "En Europa, tierra a la que nuestra plástica mira para orientarse, las circunstancias han puesto una hora sin sonido. Aprovechémosla para afincar un aliento renovador..." Y en el capítulo final "América y Gauguin" —sin duda el más sugestivo— señálanse raíces y afinidades con el arte autóctono del continente. "Nuestros artistas —dice Olmos— no se han preocupado por captar América, sino que, atravesando el mar, van a estar al tanto, como decía Pisarro, y su individualidad frágil se deja moldear por un arte viejo: nuestros países hablan en plástica un patois francés".

Frente a este mimetismo, Olmos iza con Gauguin el oriflama de la independencia. El espíritu audaz e invencible del artista franco-peruano derrota cercos y destroza huellas. Un imperioso mandato de sinceridad le lleva a roturarse picadas propias en la hondura de la jungla plástica. Y al cabo de su tránsito regresa con caballos azules, perros rojos, paredes violetas. O compone la vasta alegoría "¿De dónde venimos, qué somos, a dónde vamos?", triple pregunta metafísica en un lienzo de rutilante belleza.

Olmos pregona con Gauguin que la "barbarie es rejuvenecimiento". Es decir retorno a las fuentes puras y vitales del pueblo y de la historia, de donde brota, sin falsificaciones, el genio americano. Y recuerda: "Gauguin supo extraer de pueblos y elementos todo lo que le convenía. Todo su intento habla de inteligencia, de libertad, de tenaz persecución de una idea motriz, con un fin que guía sus pasos: hacer del mito una realidad". México, por mano de Diego Rivera, supo trasmutar la lección gogueneana en sabia creación de frescos, clásicos ya de la escuela continental. Olmos espera que nuestros artistas sepan aprovechar la lección y llegar "hacia el corazón intocado, hacia la raíz de la raza que desde siglos hasta hoy ha esperado a los hombres que sepan expresarla".

Libro escrito con amor y conocimiento, éste de Olmos se recomienda sin tachas. Ha de encontrarse en él una verídica reconstrucción de esa vida apasionada y un juicio exacto de pintor sobre una obra imperecedera y aleccionante.

ANDRES TOWNSEND

A N I A N O   L I S A

El autor de la carátula del presente número y del cuadro que reproducimos en esta página es un pintor de vasta y apreciada labor.

Nació en Talavera de la Reina, en Toledo, en el año 1915.

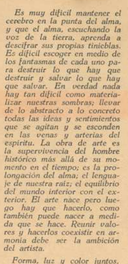
Llegó a Buenos Aires a los 7 años, y a los 12 comenzó a dibujar.

Cursó la Escuela Nacional de Bellas Artes.

A los 15 años publicó sus primeros dibujos en diarios y revistas. A los 16 expuso por primera vez.

Ha practicado el fresco, el grabado, la ilustración y otras técnicas.

POSICION



Es muy difícil mantener el cerebro en la punta del alma, y que el alma, escuchando la voz de la tierra, aprenda a descifrar sus propias tinieblas. Es difícil escoger en medio de los fantasmas de cada uno para destruir lo que hay que destruir y salvar lo que hay que salvar. En verdad nada hay tan difícil como materializar nuestras sombras; llevar de lo abstracto a lo concreto todas las ideas y sentimientos que se agitan y se esconden en las venas y arterias del espíritu. La obra de arte es la supervivencia del hombre histórico más allá de su momento en el tiempo; es la prolongación del alma; el lenguaje de nuestra raíz; el equilibrio del mundo interior con el exterior. El arte nace pero luego hay que hacerlo, como también puede nacer a medida que se hace. Reunir valores y hacerlos coexistir en armonía debe ser la ambición del artista.

Forma, luz y color juntos, pero incomunicados, dan la idea de lo que no debe faltar en un cuadro, pero no lo que debe ser la obra de arte, que es fruto.

Algunos se ocuparon en reunir valores, contarlos, para saber cuál le faltaba a tal o cual pintura, y qué es lo que necesita esta otra: y así nacieron el romanticismo, el impresionismo, el cubismo, etc. como reacción del uno sobre el otro. Lo cierto es que a las buenas obras de cada una de esas escuelas no les falta nada; cualquiera sea el nombre que se les dé, tienen de cada cosa lo necesario. El equilibrio no se logra reuniendo en partes proporcionales cada uno de los valores, sino por una justa presentación en escena. El problema no consiste en ir tras de tal o cual concepto de belleza, sino que lo concebido por sus propias fuerzas y por la importancia del mundo que descubre, se convierta en realidad viviente.

A N I A N O   L I S A



POR QUE ESTAMOS AISLADOS

Desde distintas partes del continente colaboradores y amigos nos expresan su estupor ante la posición de aislamiento absoluto en que se ha ubicado la Argentina, en el orden interamericano, debido a la política de nuestro gobierno, manifestándonos la dificultad de hallar razones que justifiquen tal actitud. Más aún: comprobamos que se está difundiendo en el exterior un equívoco lamentable y pernicioso, en el sentido de considerar "argentino" como sinónimo de "fascista"; de la misma manera que se confunde frecuentemente "alemán" y "nazi".

Es indudable que no nos honra en lo más mínimo el concepto que se está formando en los pueblos hermanos acerca de nuestro país. Y no vamos a pretender contrarrestarlo con altisonantes manifestaciones de fe democrática o antifascista, ni con afirmaciones rotundas acerca de los sentimientos antitotalitarios del pueblo argentino. Porque sabiendo que así es, en efecto, y que en nuestro país no existe ninguna organización autóctona de tipo fascista que revista importancia, no habiendo otro peligro fascista del que pueda emanar de las propias esferas gubernamentales, también poseemos la profunda y dolorosa convicción de que ello es factible porque el pueblo argentino ha resignado sus derechos fundamentales, tolerando con su inacción una política internacional diametralmente opuesta a sus opiniones, sentimientos e intereses.

Conviene que reiteremos nuestra posición: en ningún momento hemos apoyado la intervención directa, militar, de nuestro país en la guerra. Pero sí la inmediata ruptura de toda clase de relaciones, diplomáticas y comerciales, con las naciones totalitarias; sí la lucha decidida, tenaz, hasta el aniquilamiento de todas las fuerzas nazifascistas que actúan acá, desembozadas o encubiertas.

Consideramos la política de "neutralidad", vale decir, la negativa a romper las relaciones con los gobiernos del eje, como totalmente favorable a éstos. Y, aunque pueda parecer extraño, en ningún momento, sin embargo, nos ha satisfecho la explicación simplista de que tal política se realizaba sólo a causa de las inclinaciones profascistas de los funcionarios que dirigen la posición nacional en el orden exterior.

Alentados por el mismo anhelo de hallar los motivos que justifiquen esa actitud, tan atentatoria a los intereses materiales de la nación como a su prestigio moral, hemos procurado desentrañar el fondo de la cuestión. Poderosas razones nos inducían a analizar serenamente los aspectos vitales del problema: ¿Por qué un gobierno oligárquico, expresión neta de los latifundistas y ganaderos argentinos, cuyos intereses defiende en forma absoluta, recurriendo a decretos cuando no le parecen suficientes las leyes, se muestra aparentemente hostil a las fuerzas que ejercen contralor sobre sus únicos mercados de exportación? ¿Cómo se confirma la indiscutida tesis de que pertenecemos al núcleo de naciones productoras de materias primas, semicoloniales, dependientes en gran parte del exterior, y por consecuencia supeditados en mayor o menor grado a la política de las grandes potencias que regulan nuestra economía, y que no son por cierto las nazifascistas? ¿Cómo explicar que, aun en estos momentos, cuando la sombra de la derrota se cierne sobre los ejércitos del eje, se insista en una política antidemocrática y que acusa inoportunidad?

¡Trágicas perspectivas existen para nuestro país! ¿Es posible admitir que la miopía de los funcionarios gubernamentales sea tan absoluta que no perciban cuál ha de ser nuestra situación en la posguerra, justamente cuando debieran surgir esperanzas de resarcirnos de los sufrimientos presentes?

Con toda sinceridad, creemos que la política argentina se mantiene no sólo porque es tolerada por las naciones aliadas, sino porque así conviene a ciertos intereses no confesados, pero que emergen de la fricción interna del frente democrático, luchas por el predominio posterior a la contienda e intentos de anular la acción de uno de los países que podría oponerse eventualmente a una mayor expansión imperialista.

Los argentinos comprobamos que, disponiendo los aliados de un absoluto contralor de las rutas marítimas que nos unen con el exterior, estando en sus manos aplicar un riguroso bloqueo, o la adopción de medidas que induzcan a un cambio de actitud, se prefiere una complacencia que induce a sospechas. Y ello da margen a numerosas deducciones, equivocadas o no, pero justificadas por los hechos: ¿No es éste un método, el más eficaz, de desprestigiar a la Argentina y quitarle todo derecho de intervenir en las conferencias que procuren solucionar los problemas de la posguerra? Desde este punto de vista, es comprensible que para los Estados Unidos sea menos grato un gobierno como el de México, por ejemplo, que el argentino actual.

Otra cosa que no escapa a nuestra percepción es el mantenimiento, a pesar de la guerra, de las profundas rivalidades económicas, en este país, entre ingleses y norteamericanos. Y comprobamos que la propaganda británica no alude a la unidad panamericana, ni demuestra mayores anhelos de que exista una América unida, ideal que se obtendría con la incorporación de la Argentina al frente continental, pero que sin duda alguna sería una unidad bajo la hegemonía yanqui.

De todos modos, sean exactamente éstos los motivos que posibilitan el mantenimiento de la disonante actitud gubernamental argentina, u otros que desconocemos, lo cierto es que nos llaman a la reflexión y nos incitan a adoptar posiciones previsoras.

Descartando la derrota militar de las naciones agresoras, nos queda el tremendo lastre de los elementos totalitarios o simpatizantes del nazifascismo que no han sido extirpados de nuestras tierras. Nos quedan en América gobiernos dictatoriales como los del Brasil y Perú, apoyados por los aliados con el mismo fervor que sostienen regímenes como el de Franco en España; nos restan otros que han desempeñado el papel de simples instrumentos de determinada política, pero que en ningún caso estarán en condiciones de oponerse al imperialismo.

Existen todavía, a nuestro juicio, numerosas posibilidades de actuación para nuestro pueblo, en defensa de sus libertades y derechos. Tendemos a que se realicen, y esa será la única forma en que desmentiremos la denigrante calificación a que aludimos al principio, que rechazamos con energía.

Por una auténtica UNIDAD EN LA LUCHA ANTIFASCISTA

No pueden ni deben sernos indiferentes los intentos de unidad democrática o de "unidad nacional" que se vienen propiciando desde varios sectores de opinión.

En todos los ámbitos del país la fórmula de unidad se invoca como una panacea. La verdad es que, no sólo la conciencia pública argentina sino la de todos los pueblos del continente, experimenta en lo más íntimo de sus luchas y afanes la urgencia de una no bien definida unidad. ¿Cómo darle a ésta un sentido profundo y permanente, y no transitorio y circunstancial? Quienes auscultan la *vox populi* para orientarla, tienen el deber y la responsabilidad de no incurrir en el error intencional o quizás involuntario, de desviarla aún más en la actual incertidumbre, vacilación o desconcierto que presiona y anula la voluntad de las masas. Porque si la unidad resultase manoseada, desvirtuada en su valor afirmativo de cohesión, para ser utilizada como móvil de intereses rivales de dominio partidista, el remedio sería peor que la enfermedad, agravándose el caos para beneficio exclusivo de las fuerzas ocultas pero manifiestas de la reacción.

Empecemos por afirmar que hace mucho que existe el peligro del fascismo en nuestro país, y sin embargo es recién ahora, cuando surge una necesidad política de alcance puramente electoral, que se plantea categóricamente la unidad, creando de tal modo el equívoco en cuanto a las verdaderas finalidades que se persiguen con ella. Todos los dirigentes políticos que intervienen, afirman que el momento actual, cargado de culpas y errores, exige una lucha sin postergación hacia lo inmediato posible, de corte rápido, para evitar que la reacción siga avanzando. Hay razón en ello, pero tal limitación en lo inmediato posible, puede entrañar un peligro muy grave. Olvídanse quienes afirman tal necesidad, que todas esas culpas y errores vienen de lejos y que se ha perdido un tiempo precioso al tolerar la demagogia política, los despilfarros oficiales, el sojuzgamiento de los derechos y conquistas proletarias, el lento y sistemático cercenamiento de las libertades primarias de cualquier democracia sin mayor evolución, la infiltración totalitaria en las altas esferas gubernativas y financieras, con extensas ramificaciones en los medios populares.

De nuestra parte, por propio imperativo moral, no nos situamos aquí en la fácil crítica pasiva, que al negar todo significa irresponsabilidad, ya que puede estorbar a la limitada acción puesta en tela de juicio, y que por más acertada que fuera no es en sí acción, aunque pueda ser crítica que oriente toda acción desviada ajena.

No es para nosotros la unidad un simple cálculo de probabilidades ni una cábala oportunista. Es unión y no reunión sin principos, definición clara por una finalidad emancipadora, y no apresurada conquista de poder. Es en fin la unidad una razón de existencia, de perduración, de vitalidad de todas las fuerzas antitotalitarias del país, por la lucha y la defensa de la libertad, en esta gravísima crisis de régimen que no es meramente político-institucional, de superestructura, sino social y económica, en la misma estructura básica. Y porque la crisis afecta la vida popular en sí, es que sólo puede ser salvada con una unión auténtica de fuerzas que tenga raíces profundas en la entraña viva del pueblo. Por eso hay que ir más allá de una unión fementida con fines electorales, limitada visión que no trae soluciones para la honda crisis; hay que tender hacia una franca y abierta unión popular, inmediata, directa, muralla de contención contra el creciente avance fascista que se ampara detrás de una fingida neutralidad en lo internacional para así tener carta blanca en su reacción disfrazada de nacionalismo. Hemos dejado avanzar el mal, que se ha metido en las vísceras, y con ingenuidad se busca modificar la superficie. No puede haber ingenuidad en algunos dirigentes de procedencia oligárquica, que incluyen en la "unión nacional" hasta las "fuerzas vivas". ¿Qué unidad, unión o liberación nacional pueden defender las fuerzas oligárquicas que dieron origen a los fraudes, intervenciones centralistas contra la menguada autonomía de las provincias, política y economía dirigidas, medidas de represión, estado de sitio casi permanente, prácticas de corte corporativista progresivo, etc., si aquella oligarquía fué cómplice y gestora de todas esas graves anomalías? Ellos incubaron el desquicio institucional. A su vez, la inercia, la debilidad o la complacencia, los apetitos de los partidos políticos que no querían perder sus representantes en el Parlamento, favorecieron los planes oligárquicos radicales o conservadores o neutros, no alentaron la conciencia pública para abrirle los ojos, mataron la iniciativa popular, sembraron la duda, quebraron la fe, porque no les guiaba la salud moral del pueblo que llaman soberano, sino la amargura de no saborear las ambiciones de poder. La situación actual no vino llovida del cielo. No sólo la creó el conservadorismo dueño del poder, sino las fracciones opositoras que hoy quieren usufructuar una unidad que en verdad nunca sintieron. En una auténtica unión popular contra la reacción y el fascismo, no pueden tener cabida los elementos oligárquicos más o menos disfrazados ni cierta clase de demagogos que han contribuído a crear la confusión en los medios populares con sus consignas contradictorias. Sobre la base de las entidades liberales del país y las fuerzas izquierdistas que no comulgan con ninguna dictadura, de las organizaciones obreras y estudiantiles, de los núcleos culturales y sin partido, de toda la verdadera parte sana, de pueblo auténtico, debe realizarse la construcción unificadora, con fines concretos de lucha, fuerte, resistente a cualquier embate reaccionario.

Creemos en el pueblo, en su vigor insospechado. El pueblo argentino, el pueblo laborioso del país, ni es neutral ni es pasivo. Es, por el contrario, profundamente antitotalitario. Teme ser engañado una vez más, y por ello se rezaga; pero que se le dé una visión social a la unidad, y será un pueblo despierto y en marcha. Por más que la reacción se imponga, el pueblo siente, como fuerza laboriosa, en medio de su actual angustia y fe quebrantada, sumido como se halla en una cobardía colectiva propicia a las dictaduras, que podría erguirse sobre sí mismo, recuperando fuerzas de lucha por medio de una tónica saludable y enérgica, como sería indiscutiblemente una unión popular con este lema único: defensa de las libertades públicas contra el totalitarismo. Posición íntegra, no fragmentada, libre de todo equívoco oportunista referido a mezquinas finalidades electorales.

La unión contra el enemigo común más peligroso y despiadado es una ineludible exigencia en todo el país. Y en toda América. La gran tragedia mundial ha convertido a esa lucha contra el mayor enemigo común en un problema universal de vida o muerte. ¿Cómo podría relegarse a segundo término o aun olvidarse, en una fusión de fuerzas populares, la lucha sin cuartel contra el totalitarismo? Tal urgencia ha sido comprendida por casi todos los pueblos de América, algunos de los cuales han llevado incluso su apoyo antitotalitario a aspectos formales de una intervención en la guerra del lado de los aliados. Pero ha sido mal encauzada, al tomar solamente contacto con la parte exterior del peligro fascista, olvidando que éste tiene su mayor fuerza en sus cómplices encubiertos que actúan dentro de cada país disfrutando de una libertad de acción mucho mayor que la libertad de que dispone el pueblo para manifestarse. Los hombres y las organizaciones sinceramente inspirados en esta lucha antitotalitaria, están, pues, ante el imperioso deber de encauzar los sentimientos populares, en cada país de América, por los caminos de la libertad que no han sabido mostrarles los dirigentes de partidos que aunque se llamen demócratas se olvidan de superar la democracia.

Desde las firmes columnas de HOMBRE DE AMÉRICA, formando parte de un movimiento de liberación americana, claramente definido, que tiende "hacia la unidad de acción de todos los hombres y organismos que bregan por la libertad, con absoluta exclusión de las corrientes totalitarias", y que trabaja "por un auténtico federalismo que vitalice la autonomía dentro de la unidad, sobre la base de regímenes libres tanto en el orden interno de cada país como en el continental", extendemos nuestro llamado para que cada país de América pueda crear su unión popular antitotalitaria, para poder cimentar las bases de una unidad continental por sobre límites fronterizos. Esta unidad continental no puede existir sin pueblos libres, y sin la formación de unidades populares que luchan por regímenes de libertad. No hay ni puede haber unidad sin libertad. Los pueblos reunidos como rebaños en vano hablarán de unión, aunque sus gobernantes la mencionen para confabularse entre ellos contra los pueblos sumisos. La "unión nacional", si no es popular, suele ser recurso de dictadores para aglutinar a sus pueblos contra un supuesto o real peligro exterior. Sepan los pueblos de América que deben unirse por propia voluntad contra los poderes coercitivos que les niegan esa libertad de defensa común contra tal coerción. Sepa el pueblo de nuestro país, que para contrarrestar el avance del centralismo, para que el empobrecimiento de las masas trabajadoras y la exorbitante carestía de la vida que aflige a los hogares argentinos, puedan ser afrontados con un mejoramiento de la vida social y económica, será preciso reconquistar las libertades públicas esenciales, y unirse todos los que forman parte de la gran masa popular para tal conquista. Demos a la unidad un alcance social que es el que corresponde, y veremos que al impulso del llamado para una unión popular antitotalitaria, renacerá la fe quebrantada del pueblo, no habrá incertidumbre ni vacilación, porque no hay fuerza mayor que la del pueblo cuando ha recuperado la confianza en sí mismo. Bajo lemas de lucha precisos, constructivos, sin supeditaciones a los elementos opresores en el orden interno, sin concesiones de ninguna índole a los simpatizantes o agentes de gobiernos totalitarios, puede concretarse un vigoroso movimiento. En síntesis: movilizar al pueblo en torno de una unión que surja y se desarrolle en su propio seno, con sus directas formas, teniendo como necesidad primordial la lucha contra el totalitarismo. La unión popular antitotalitaria es, en las actuales circunstancias, la única garantía de actuación firme y permanente para los hombres y organizaciones libres de América.

DE MUSICA Y... DE LO CONTRARIO

Der Doppelgänger

El pianista había llegado a Buenos Aires. Su hija lo esperaba en su lecho de enferma. Enferma sin enfermedad, pero con fiebre. Con fiebre de dieciocho años callados, de dieciocho años de inocencia y de instinto, dieciocho años de ignorancia y de deseos: enferma de juventud.

Hacía tiempo que no se veían. El pianista la había depositado en un colegio de religiosas del que su vieja hermana era madre superiora. También él, no obstante sus conciertos y triunfos, sentía hallarse en la soledad.

—Los éxitos no acompañan más que en el instante mismo de tenerlos —se había dicho, ¡cuántas veces! a sí mismo—. Terminada la luz de mi música, silenciada la alegría de los aplausos, vuelvo a la obscura soledad. No veo nada. Regalo tan grande como un triunfo es, recibir lluvias de flores como las palmas son, y no tener con quien compartirlas; con quien las sepa compartir, es sentirse brasa dentro de un bloque de hielo. Ser brasa y que nadie aproveche todo su calor, es... es triste.

¿Qué hacer? No podía renunciar a su único sostén, a su único camarada. El piano, al menos, le comprendía. No le daba nada suyo, pero le escuchaba, le llegaba a interpretar. ¡Ah, si el piano fuera mujer! No; los pianos no pueden ser mujeres. Y las mujeres no saben ser pianos. Peor para ellas. Peor todavía para él.

—¡Mi hija, mi hija! ¿Dónde está Teresa?

—Con su enfermedad.

—¿Siempre con fiebre?

—Siempre misterio. Sólo Dios sabe lo que tiene.

—Bueno; pero hace falta que lo sepa también un médico.

—No creo, hermano, que el remedio esté en la ciencia. Es una fiebre extraña, caprichosa; decaimientos físicos, exaltaciones espirituales, a veces de fervor religioso, a veces de alegrías profanas.

—¿A qué le llamas, hermana, alegrías profanas?

—No sé cómo decirlo... Alegrías del mundo, sueños de vivir, ansias de libertad desmedida, cualquier cosa menos hacer el noviciado.

—Hija de su padre. Además, está en la edad...

—De su misma edad tenemos novicias, y ninguna es víctima de esos ataques.

—La histeria, Rosalía, se manifiesta de distintos modos.

—¿Qué enfermedad es esa? No la conozco.

—Hermana... Tú sabes que... que la mujer que ha nacido para que... para que no se acabe el mundo... al llegar a cierta edad... el instinto de mujer...

—Pero esas crisis pasan. En Teresa van en aumento.

—¿Ves como sí conoces la enfermedad?

—Alabado sea Dios.

Sobre el crucifijo de la cabecera de la cama caía la luz violeta de una ventana. Los brazos de Teresa se cerraron en un beso.

Palabras sin sentido, risas sin dominio, preguntas sin respuestas, calma y silencio repentinos...

—¡Qué maravilloso crepúsculo, éste de Buenos Aires! Ya hacía tiempo que no lo veía.

—Seis años.

—Seis años. Bien llevas la cuenta. Seis años que no nos veíamos. Seis años de soledad para los dos.

—Porque tú no has querido.

—No me lo eches en cara. No soy egoísta. Me debo a mis conciertos. Me debo al público, al mundo, a la música.

—Sí; pero antes de morir mamá, viajábamos juntos.

—¿Qué quieres? Empezaste a crecer... Tu educación, tus estudios... Y ningún sitio era mejor que el país en que naciste.

—Ahora ya puedo dejar el colegio ¿verdad?

—Ahora ya eres una mujercita.

—¿Me llevarás contigo?

—Si tú quieres...

—¿Adónde iremos primero?

—A Nueva York.

—¿Y después?

—Después a Sur América otra vez.

—¿A Europa, no?

—En Europa, Teresa, ha muerto la música.

—¿La música puede morir?

—Siempre que falta la armonía.

—Pero, papá... Lo que muere no puede volver a vivir.

—¿Eh?... Sí, tienes razón, hija. Efectivamente: la música no está muerta, ni dormida. Son los músicos los que mueren, y es Europa la que duerme. Ya despertará.

—Tú quieres mucho a Europa, ¿verdad?

—Sin que se lo merezca. Los cariños no se arrancan con la razón: los mantiene el corazón, que no piensa. Europa me enseñó a descubrir la belleza de la música, de la poesía, de las artes todas. Europa me enseñó a amar a los genios y a sus obras. Con Europa aprendí a soñar, a ser feliz. Ahora es ella la que persigue, la que maltrata a mis amores. Piensa, hija, por un instante, que yo te hubiera cantado las gracias de un hombre hasta conseguir que te enamorases. Piensa que, feliz de haberlo hallado en tu camino, fuera yo mismo quien, en un rapto de locura, lo arrancara de tu lado o lo ultrajara en tu presencia. ¿Comprendes cuál sería tu estado de ánimo?

—Te odiaría con toda mi alma.

—Si me supieras loco, o borracho, no me odiarías. Esperarías que despertara. O dirías de mí lo que yo digo de Europa: le tengo cariño, sin que se lo merezca.

De un gramófono cercano, llegó a la alcoba una canción de Schubert, interpretada por Tauber. El pianista quedó ensimismado.

—Es un vecino de enfrente, recién llegado de Europa. Todos los días, a esta hora, nos plantifica el mismo disco.

—Es curioso...

Cuando la canción se concluyó...

—¡Qué finura! No hay armiño tan de aire. No hay raso negro de tanta seda.

—¿Qué es?

—Está cantada en alemán.

—¿Qué dice la letra?

—Lo mismo que la música.

"Callada la noche,
la calle descansa;
en aquella casa
vivía mi amor.
Hace mucho tiempo
dejó la ciudad;
la casa, no obstante,
allí se quedó.
Frente a su balcón,
un hombre, en la esquina,
retuerce sus manos;
las fuerza el dolor.
¡Qué horror me produce
su pálido aspecto!
La luna me muestra
mi propia figura.
—Di, pálido huésped;
di, tú, mi otro yo:
¿por qué me remedas
mi pena de amor,
aquella que tuve
la noche que estuve,
hace mucho tiempo
frente a ese balcón?"

—El que se burlaba de él, el que estaba en la esquina...

—preguntó Teresa casi sin voz.

—Era su doble, el "Doppel gänger", el otro "yo", que nunca se había movido de allí. Esa es la letra. Letra de Enrique Heine. Música de Francisco Schubert. Dos hermanos espirituales. Los dos nacieron el mismo año. Los dos hablaban el mismo idioma. Dos lumbreras con que Alemania y Austria iluminaron al mundo. Heine, de sangre judía; Schubert, de sangre cristiana. Gracias a un austriaco, oirá siempre el mundo poemas de un genio alemán. Poemas que hoy van a la hoguera en muchos pueblos de Europa, para deshonra del fuego, y para llanto sin consuelo de quienes, como Schubert, los honraron con su música.

—Papá: me emociona tu tristeza.

—Es que hablar de Europa, y no llorar...

—¿No puedes pensar en América?

—Sí; en ella estoy. Pero soy como el personaje de Heine. Si alguna vez vuelvo a Europa, me encontraré con el otro "yo", que nunca se movió de la esquina. Siempre estará allí, bajo la luna que lo hizo artista, frente al balcón de su ilusión.

—Tú no quieres a América, ¿verdad?

—Mucho. ¿Cómo no la voy a querer, si América eres tú? Europa está en mí; la llevo en mi pecho; por eso estoy triste, y me duele. América está en ti; vive en tu espíritu; por eso es alegre, y me alienta.

—En América también hay lumbreras, ¿no?

El pianista calló un momento y buscó en el suelo la respuesta:

—Transplantadas y nacidas. ¡Y bien de América son, si América es quien las cuida, y alumbran desde América! Sí: América tiene luz propia, y su luz no será nunca la luz de las hogueras.

—Si América las encendiera...

—Si América las encendiera, se habría apagado el mundo. Quedaríase el mundo a obscuras. Pero América está despierta, y sabe cuidar su antorcha contra el peligro del viento.

—Es muy triste que en Europa hagan cenizas los poemas y las músicas de los genios... ¿Es que Europa es tan cobarde?... ¿Es que hay bárbaros en Europa?... ¿Y queman esos monumentos?

—¡Qué importa! América guarda ejemplares para que el dolor de la humanidad se consuele con lo eterno.

PACO AGUILAR

EL INSIGNE HEMISFERIO

DESDE MEXICO

Más que en 1492 la América adquiere importancia total en los destinos del mundo. Sus hombres, sus materias primas, sus posibilidades, y hasta su gran esperanza, están en marcha hacia la victoria. América tuvo días críticos en 1812 cuando el intento de reconquista inglesa y en 1829 y 1830 cuando España pretendió reinstaurar sus procónsules, rehacer sus imperio absolutista. Fueron, en verdad, días de prueba; pero los de ahora han sido más angustiosos, porque en ellos ha estado en peligro la América que tiene devoción a los númenes que la emanciparon políticamente. Está América concebida para la libertad, desde las utopías de los geógrafos y de los marinos que la entrevieron poéticamente antes de la llegada de Colón, y redimida por los héroes que pelearon contra la demencia de la tiranía y con su sangre sellaron jornadas memorables. Joven hemisferio, que entre los necesarios eclipses de la dignidad del hombre —desde que el héroe encarnó ominosamente en el caudillo, que es la negación del héroe— se ha ido debatiendo en larga lucha que no concluye aún hasta servirse de sus dolorosas experiencias para ganarse la ventura y ser el refugio de los trabajadores que en la conquista del pan son aventados de los cuatro puntos cardinales hacia estas tierras henchidas de misterios y anchas y magnánimas como alacenas.

Estos días históricos nos encuentran haciendo caso omiso de días afrentosos, cuando pueblos más fuertes —mucho más— que los nuestros, imponían su técnica de dominio para cobrar las deudas que ocasionaron los empréstitos ruinosos —Irisarri en Chile, Michelena en México— o para adueñarse de minas y de erarios exhaustos, gracias a la concesión y el fraude. Los tiempos van cambiando. Estadistas de visión sorprendente nos han reconciliado con la sola invocación de la Democracia, y una rectificación de la política continental ha hecho posible que se organice un frente de espíritus que comenzó siendo jurídico y ahora es solidaridad política y económica que busca las simpatías y estudia las diferencias.

La guerra ha permitido crear un nuevo clima espiritual en el que pueden respirar las aspiraciones más ilustres, aquellas que tienden a fortalecer olvidos y crear vínculos de eficacia fecunda, de acción creadora. Queremos ser una gran hermandad de pueblos que después de ganada la guerra pueda llamar a la mesa del convivio a los otros pueblos, sin distinción de razas, ni de tradiciones culturales, porque América está llamada a construir un nuevo orden sobre bases sólidas de justicia social y de comprensión decorosa.

Antes nos conocíamos un poco; mejor dicho, sospechábamos las excelencias y las debilidades de los otros, y los complejos de inferioridad y de superioridad se exacerbaban, obstruyéndonos la clara visión del conjunto americano. Esta palabra "americano" —que en labios de nuestros fundadores tuvo el sentido cabal que hoy queremos darle— es ya un santo y seña para el afán inminente, que nos permitirá elaborar algo nuevo en la historia.

Y si antes sólo nos columbrábamos, porque nuestro sueño —artistas, hombres de estudio, viajeros— era el de ir a Europa a recibir en su fuente el renovador influjo de la cultura occidental, y muchos se sentían afrentados al regresar a la América de la barbarocracia, para no considerarse "indianos", hoy nos llamamos gozosamente hijos del insigne hemisferio. Bien estaba que acudiéramos a Europa en busca de sus más ricas esencias, de los dones preciosos que el hombre europeo ha podido darnos en arte, en ciencia profunda, en elocuencia, en cortesía; pero América continuaba siendo para el rentista y el rastacuero, para el "snob" y el señoritín, la hacienda que sólo era buena para enviar al apartamiento ultraperfecto del Príncipe Feliz la mensualidad que servía para mantener encendida aquella encantadora maquinaria. Aquellos que se quedaban aquí, peleando a la brava contra la tradición impura, la mentira metódica, el hombre anti-histórico; aquel Sarmiento, este Martí, el indio Juárez, y luego Alberdi, Montalvo y tantos otros, eran los que soñaban con el más imposible de los mundos. Pero a la larga ellos han tenido la razón y su estatura crece en estos días de esperanza y de angustia.

La guerra nos ha obligado a un nuevo examen de conciencia. Nos hemos puesto a pensar seriamente en América, en el destino de América; y estadistas que se han venido preocupando por la realidad americana, auténticos estadistas que trazaron esquemas para el futuro, son los precursores más inmediatos de lo que es ya una feliz anticipación: el nuevo hombre de América, la nueva sensibilidad, el nuevo orgullo.

Europa quedará deshecha después de esta hecatombe. Habrá salvado —con la victoria de la Democracia— las semillas de su cultura, las esencias de su mensaje, rehará su vida, elaborará otro estilo; pero muchos hombres de Europa vendrán a nuestras patrias en busca del ancho hogar prometido, y acaso muchos de ellos, pensando en que al término de la hecatombe tendrán que salir hacia un horizonte menos ensombrecido, se dirigirán a este hemisferio.

La guerra no sólo va a transformar nuestras normas de vida, de economía, de técnica; sino que abrirá más anchurosas brechas a la aspiración política. Lo que ha sido voracidad y sevicia tendrá que ceder el paso a la competencia de los honrados y los laboriosos y al aprovechamiento de las capacidades brillantes, que siempre han sido postergadas bajo los regímenes de iniquidad y las virtudes de los que siempre salvan la tradición del bien heroico, volverán a estar en el solio.

Tengamos fe en el advenimiento de una América mejor. Nos sentimos en vísperas gozosas. Pueblos distanciados por la diversidad de los idiomas, están seguros de que las promesas de los fuertes serán cumplidas para mejorar la condición de los débiles Y —no es vano optimismo— hemos de ver llegar de todos los rumbos de la tierra, a los que mucho han sufrido, a los que traerán de tantos países su experiencia acendrada, su ambición de servir, su deseo de superarse en la incesante y renovadora pasión de la vida, que nunca se agota ni se cansa de dar.

Tenemos fe en que la hora de América ha sonado. La deuda que tenía empeñada con Europa —desde la Revolución Inglesa, desde la Revolución Francesa—, la está saldando al acudir con los materiales de triunfo que hacen universal al hombre americano. El saludo "La Fayette: aquí estamos" se hace más acústico y pueden oírlo todos los que antes sufrieron persecución por la justicia, lo mismo el profeta en la ergástula que el que puso la ciencia al servicio de la generosidad.

Con las esencias culturales del mundo que se desmorona y con las que resucitan arqueólogos y poetas, visionarios y estadistas, nuestro hemisferio pondrá a prueba su capacidad de creación. Ya la han podido demostrar los del Norte con la grandeza de sus instituciones y su genio emprendedor en la órbita de las ciencias aplicadas; y ya han dado testimonios en la América española un Alberdi, un del Valle, un Mora, un González Prada, en el estudio de la realidad de América; un Finlay y un Angel Roffo en la ciencia, un Darío en la poesía, un Orozco en la pintura, un Rómulo Gallegos en la novela, y tantas almas esclarecidas que se han atormentado en la hoguera eterna de la verdad y del amor.

RAFAEL HELIODORO VALLE

LIBERALISMO Y DEMOCRACIA EN EL PORVENIR INMEDIATO

Propugnamos una síntesis vital: SOCIALISMO Y LIBERTAD

Antes que las fuerzas armadas de los Estados totalitarios se lanzaran a la guerra por el dominio del mundo, previa una cuidadosa preparación de circunstancias favorables para ellos, en el orden de las engañosas maniobras diplomáticas y la acción políticamente desmoralizadora de un espionaje organizado con perfección, la ideología totalitaria había penetrado y echado raíces entre las capas dirigentes de los países regidos por la democracia, impresionando especialmente el espíritu de muchos jóvenes, mediante el señuelo de una pretendida concepción heroica y dinámica de la vida, en oposición a la sedentaria monotonía y a la falta de estímulos y de perspectivas que les ofrecía la sociedad democrática, "liberal" y burguesa. Se ha reconocido ya que esa penetración ideológica, efectuada mediante un aparato de propaganda ampliamente ramificado, ha contribuído en gran proporción a los rápidos triunfos iniciales de las fuerzas totalitarias, al chocar contra adversarios moralmente desarmados, dirigidos por personas que apenas ocultaban sus simpatías por los principios y métodos políticos de los invasores.

No es nuestro propósito precisamente insistir sobre la peligrosidad de una penetración "quintacolumnista" en el orden espiritual e ideológico, acerca de lo cual se han hecho infinidad de publicaciones, dentro del periodismo beligerante en favor de la democracia. Queremos, en cambio, señalar los factores que a nuestro juicio han contribuído a facilitar el éxito de la propaganda totalitaria en ese terreno, al margen de la grosera demagogia que le es habitual, con el objeto de aprovechar la lección que de ahí se desprende en el desarrollo y solución de los nuevos problemas que se plantean y que aparecerán en forma cada vez más aguda, cuando más se acerque la hora de una profunda reconstrucción social y política del mundo, tras el aplastamiento definitivo de las fuerzas totalitarias.

En realidad, hablar de la *ideología*, es decir, de un *sistema de ideas* referido a las tendencias totalitarias en auge, es forzar un poco la amplitud del término, ya que el fascismo, en sus distintas variedades, se ha caracterizado por una absoluta falta de coherencia entre los postulados y las consignas que ocasionalmente le han servido para impresionar a determinados sectores de la población y alcanzar su propósito esencial de conseguir adeptos fanáticos, instrumentos ciegos para los más criminales designios. Así, ha hecho demagogia anticapitalista, colaborando al mismo tiempo con la plutocracia; ha hecho la exaltación del orden, estimulando al mismo tiempo las pasiones más antisociales; ha sido y es católico en Italia y ateo o pagano en Alemania, sin que ello le haya impedido mantener estrecha colaboración con grandes sectores del catolicismo militante en todo el mundo, al menos hasta que no intervinieron los factores nacionales que obligaron a las organizaciones católicas a pronunciarse contra el bloque totalitario, en los países que se hallan en guerra con dicho bloque.

Por lo demás, la aversión del fascismo por toda investigación desinteresada, por toda libre búsqueda de la verdad —requisito indispensable para la existencia de la cultura—, debería colocarlo en situación desventajosa en la lucha ideológica, allí donde hubiera cierta libertad de discusión, para confrontar principios e ideas, métodos y doctrinas.

¿Cuál es, entonces, la razón del relativo éxito que la propaganda totalitaria ha alcanzado en ciertos medios culturalmente desarrollados y entre individuos no siempre dominados por pasiones morbosas de odio racial o ciego afán de dominio?

Creemos que en gran parte ello se debe a que la propaganda fascista ha sabido explotar hábilmente las fallas y contradicciones más visibles de la democracia y del liberalismo, tales como aparecen en la vida práctica, atribuyendo esos defectos evidentes, no ya a la adulteración, sino a la propia esencia de los principios de libertad, de independencia, de derecho individual, considerados como base jurídica del régimen que los fascistas llaman, con intención peyorativa, el régimen *demo-liberal*.

Dado los innumerables blancos que éste ofrece a la crítica —en tanto que realidad orgánica— la tarea de sus impugnadores de la derecha resultaba fácil, máxime cuanto no tuvieron escrúpulos en apropiarse demagógicamente de una parte de los argumentos que contra la democracia y el liberalismo burgués habían opuesto las distintas escuelas del socialismo, tanto las de tendencia autoritaria y centralista, como la federalista y libertaria. Tal, por ejemplo, la impugnación del caos económico en el capitalismo privado, la inoperancia y corrupción del parlamentarismo, etc., con la consiguiente especulación sobre el descontento producido en la masa, a causa de la agravación que las sucesivas crisis económicas han determinado, dentro de esos males corrientes del régimen.

Al margen del hecho de que los sistemas totalitarios, con su gigantesca burocracia y la abolición de los derechos individuales, produce consecuencias mucho más perniciosas para la vida del individuo y de la colectividad, es lo cierto que la ideología y la mentalidad totalitarias, han penetrado más de lo que generalmente se supone entre las clases dirigentes de las democracias. Prueba de ello, son los numerosos actos de intervencionismo estatal en la vida económica, política y cultural de los pueblos, en forma de fiscalización monetaria, creación de monopolios bajo dirección gubernamental, restricción de las libertades públicas, formación de determinada mentalidad a través de la enseñanza oficial.

Nos encontramos así ante la paradójica situación en que se pretende polarizar las fuerzas populares y democráticas de todo el mundo, en una santa cruzada contra las potencias totalitarias, mientras se imitan o se adaptan gran parte de sus métodos de gobierno. Y esto no ya como medida transitoria o de emergencia, impuesta por la guerra y sus repercusiones de toda índole, que alcanzan también a los países formalmente neutrales, sino como tendencia netamente acusada mucho antes del actual conflicto y que, según todos los síntomas visibles, ha de persistir y acentuarse después del triunfo de las democracias, si no sobreviene entonces un profundo cambio en la estructura de la sociedad y en las normas de convivencia humana.

Sería pues cuestión de preguntarse: ¿Qué queda de *viviente* de la democracia y del liberalismo clásicos? ¿Cuáles son las causas de su fracaso y qué nos ofrecen para el futuro? ¿Vale la pena luchar por la restauración de la democracia histórica, depurándola de influencias totalitarias?

Ante todo, creemos necesario destacar el hecho conocido de que a partir de la anterior guerra mundial, las democracias han ido acentuando su tendencia a la negación del liberalismo, tanto en su contenido económico como en su significación política.

Conviene precisar el sentido de estos términos, para disipar toda confusión. En su monumental obra *Nacionalismo y Cultura*, ha señalado Rocker la profunda diferencia conceptual que existe entre democracia y liberalismo, así como entre el liberalismo, en tanto que interpretación de las relaciones entre el individuo, la sociedad y el Estado y el liberalismo como escuela económica, basada en el capitalismo y la propiedad privada. A la luz del certero análisis realizado por Rocker se hace más fácil la comprensión de los problemas que hoy nos preocupan, involucrados en las cuestiones que acabamos de plantear.

De acuerdo con la concepción política liberal —que no significa necesariamente "individualismo"— la sociedad o comunidad es el medio donde el individuo puede lograr el pleno desarrollo de sus facultades naturales. La sociedad existe para servir los intereses de los individuos y no a la inversa. "El liberalismo juzga el ambiente social según es beneficioso para el desarrollo natural del individuo u obstruye el camino de la libertad y de la independencia humana. Su noción de la sociedad es la de un proceso orgánico que resulta de las necesidades naturales de los hombres y conduce a asociaciones voluntarias que existen mientras cumplen su cometido y se disuelven cuando ese cometido se ha vuelto ineficaz". Por consiguiente, cuanto menos intervenciones impositivas se produzcan dentro del proceso social, destinado a realizar el bienestar de los individuos, tanto mejor cumplirá aquél su finalidad. El gobierno debería trabar lo menos posible ese proceso, reduciendo su intervención en la vida colectiva a garantizar la seguridad de los individuos. Comprendiendo su naturaleza compulsiva y su tendencia a la arbitrariedad, los pensadores liberales del siglo XVIII y XIX procuraron limitar teóricamente sus funciones a una expresión mínima. Reconocían, con Thomas Paine, que "el gobierno es, en el mejor de los casos, un mal necesario" y aceptaban con Jefferson que "el mejor gobierno es el que gobierna menos". Aunque tales máximas nunca se llevaron a la práctica, sino en aspectos muy parciales de la vida colectiva, es indudable que en tanto estuvieron en boga, conformando incluso la mentalidad de muchos estadistas, existió cierto respeto por las libertades individuales y los excesos del poder, las arbitrariedades gubernativas, los amagos dictatoriales, concitaban el repudio unánime de los pueblos civilizados. Durante el auge del liberalismo, la opinión pública era un verdadero freno para los desbordes autoritarios de los gobernantes. Nadie, a no ser algunos autócratas, se atrevían a negar abiertamente las libertades públicas elementales y aun los mismos autócratas, como en el caso del zarismo ruso, tuvieron que ceder algunas veces, ante la presión de la opinión internacional.

No obstante, el liberalismo, como corriente ideológica, jamás logró sus fines y por el contrario, la democracia que pretendió llevarlos a la práctica, fué evolucionando hacia un gubernamentalismo cada vez más pronunciado. En vez de gobernar *cada vez menos*, se pretendía hacerlo cada vez con mayor rigor. El "mal necesario" derivó en una exaltación del poder. Y las garantías individuales se fueron esfumando ante los avances del estatismo. Mucho antes de que aparecieran las actuales corrientes totalitarias, idólatras del Estado, el liberalismo político era apenas un recuerdo, una doctrina sin expresión real a pesar de que sus máximas y principios estuvieran involucrados en las cartas magnas de algunas democracias.

El liberalismo político no pudo ser realizado, porque subestimó o no tuvo en cuenta el factor económico. Partió de la premisa de la igualdad de todos los individuos, para quienes reivindicaba los beneficios de la libertad. Pero desconoció el hecho real del privilegio económico que implicaba la institución de la propiedad privada y que el desarrollo técnico del capitalismo llevó a extremos de monopolio antisocial, convirtiendo en sarcasmo la libertad de los desposeídos. Privilegio social equivale a diferencias de clases y éstas engendran inevitables conflictos, frente a los cuales el Estado nunca puede ser neutral. De hecho, está siempre al servicio de la clase o de las clases dirigentes, cuyos privilegios defiende, con toda la violencia si es preciso, frente a las reclamaciones o reivindicaciones de las clases productoras. A medida que se agudizan los conflictos entre las clases y se hace más inestable el equilibrio social, mayor intervención coercitiva ejerce el gobierno dentro de la sociedad, con el fin de mantener el orden existente, al precio que fuera. Siguiendo el desarrollo de este proceso, en que paralelamente se producía la concentración de la riqueza y la concentración del poder, el liberalismo se ha ido *atenuando* poco a poco dentro del funcionamiento orgánico de las democracias, hasta convertirse en una simple ficción, en un piadoso recuerdo que se mantiene en virtud de su inserción en un texto constitucional.

Justificando plenamente la distinción de fondo que establece Rocker entre el concepto de *democracia* y el de *liberalismo*, las democracias vigentes son cada vez menos respetuosas de la personalidad humana y de los derechos individuales. La concepción democrática parte de la noción colectiva y abstracta de *pueblo*, al margen de las diferencias individuales o de clase y basa su poder en la *soberanía* popular, que, como la experiencia histórica ha demostrado, no ha sido otra cosa, que el predominio de las clases privilegiadas. En nombre de una mayoría real o ficticia, un gobierno democrático puede imponer no importa qué cargas impositivas o restringir hasta lo irrisorio las libertades públicas, sin salirse de los límites legales o doctrinarios de la democracia, que en tal caso agrega a su enunciado el adjetivo *fuerte*. El hecho de que actualmente y aun antes del presente conflicto mundial se hayan admitido como cosa normal en países democráticos, leyes y decretos que restringen o anulan la libertad de reunión, de asociación y de prensa; la libertad de entrada o salida del país, la libertad de trabajo o de enseñanza —vedadas a los extranjeros en determinados países democráticos— corrobora plenamente nuestra afirmación sobre la tendencia antiliberal de las democracias actuales. Y, a poco que se profundice en el análisis de las condiciones sociales reinantes en cada país, en relación con los problemas mundiales del momento, se hallará que el mayor intervencionismo estatal y por consiguiente mayor arbitrariedad gubernativa, corresponde a una agudización de los conflictos sociales, al equilibrio inestable o

al temor de las clases dirigentes de perder sus situaciones de privilegio.

Se comprende, pues, que en tales condiciones, los apologistas de la dictadura y del Estado totalitario encuentren el terreno abonado para su crítica demagógica de la democracia, *tal cual es*. Ellos pueden demostrar que las medidas restrictivas que adoptan las democracias, con el objeto de mantener el orden y resolver de algún modo las tremendas contradicciones económicas que amenazan la estabilidad nacional, son apenas balbuceos frente a las drásticas disposiciones que con igual propósito imponen los dictadores totalitarios. Poco importa si, a consecuencia de tales disposiciones, aumenta la miseria y la esclavitud de las masas laboriosas. Eso se encubre o se disimula, para destacar con ruido de fanfarrias que *el orden se ha salvado* y que *la patria es fuerte y respetada*. Una vez que se ha llegado a admitir, aunquea sea tácitamente, que el bienestar de los ciudadanos y los derechos individuales cuentan poco, frente a las magníficas abstracciones de *Patria, Estado, Nación*, ha de llegarse necesariamente a la justificación de cualquier dictadura. Y los totalitarios llevan, en ese orden de razonamiento, toda la ventaja.

Ahora, frente a la tremenda tragedia desatada sobre el mundo por la agresividad totalitaria y ante la evidencia de los incalificables crímenes cometidos por los instrumentos del nazifacismo, en cumplimiento de frías órdenes impartidas por sus altos jerarcas, muchos admiradores vergonzantes del Estado totalitario, se apartan con horror de su arquetipo político de ayer, máxime cuando aquél se halla bajo la amenaza de un indefectible aplastamiento en el campo de batalla.

Nuevamente se reivindica la libertad, como antídoto contra el morbo dictatorial que había intoxicado el mundo. Y se ve la salvación en el triunfo y la consolidación de la democracia, de una democracia fuerte, orgánica, sólidamente armada.

Debemos advertir que se trata ahora de una *libertad*, bastante abstracta, que se resuelve en vagas libertades teóricas. No se recuerdan los viejos postulados del liberalismo y, por el contrario, tiende a afianzar el poder del Estado, sobre las necesidades de la colectividad y los derechos del individuo. Ello se explica: estamos en atmósfera de guerra y después de ella, se presiente una atmósfera de revolución, de grandes desequilibrios y posibles transformaciones sociales. Y las clases dirigentes necesitan más que nunca el arma del Estado fuerte para defender sus privilegios.

Es posible, sin embargo, que no sean esas clases o sus jefes visibles, quienes digan la última palabra. Es posible que corresponda a los pueblos, eternamente sacrificados, decidir acerca de su destino. Entonces, sobre la ruina de los privilegios económicos y políticos, habrá llegado la hora de realizar esos postulados que el liberalismo formuló, sin haberlos cumplido nunca. La libertad del individuo, actuando solidariamente en la colectividad, sólo será posible en un régimen de igualdad económica, es decir, de socialismo sin superestructura parasitaria, sin opresión estatal. La experiencia ha demostrado que el socialismo sin libertad, conduce a un régimen esclavizador y que la libertad sin socialismo —sin equidad económica— es una simple abstracción que termina negándose a sí misma.

En conclusión, podemos afirmar que el liberalismo político tiene o puede tener valor, si se le desarrolla en sus consecuencias prácticas, en síntesis vital con el contenido sustancial del socialismo. De lo contrario, tanto el liberalismo, como la democracia clásica, serán fórmulas muertas o simples detalles decorativos de los viejos sistemas de opresión, técnicamente renovados.

JACOBO PRINCE

UNA CULTURA SIN BASES Y SIN ESPIRITU DEMOCRATICO

DESDE URUGUAY

En estas sociedades incipientes en que vivimos, el arte —cuando, por vernáculo, no es un producto superfluo—, es siempre un artículo de lujo.

El hombre, ante su excepción y su grandeza, adopta las posiciones más antagónicas, le rinde culto de fenómeno mágico o lo menosprecia y reduce a la categoría de bien mostrenco, con una inmediata caducidad hereditaria que lo hace caer a breve plazo en el dominio público.

De ahí la falta de eco de las manifestaciones artísticas nacionales, la orfandad en que se abandona a los creadores del pensamiento y la belleza y la lógica inhibición que les provoca a los mismos la carencia de ambiente.

Otros factores intervienen en el hecho y por ahí daremos con los puntos débiles y los errores de orientación que, si no justifican, explican las causas del lento desarrollo de nuestra cultura superior, del estancamiento de nuestra evolución y de la vida anónima, precaria y lamentable que arrastran, entre la frialdad, la indiferencia y la ignorancia de su propio pueblo, el pintor, el músico, el poeta, el novelista.

La formación de estos países con los aportes más heterogéneos y dispares, con el aluvión complejo y rico de las emigraciones, pergeñó el perfil de una sociedad polifacetada en el sentido de la sensibilidad y la capacidad de comprensión, que determinó una catolicidad de gustos y de aptitudes de captación universal.

Se dió en nuestro medio, por manera fortuita e imprevista, el cumplimiento cabal de la frase ecuménica del filósofo: no me es ajeno nada que sea humano.

Y el hombre de estas tierras, generoso y acogedor, hasta en sus admisiones y admiraciones, no puso límites de razas ni de castas a cuanto de bello y de grande produjo el ingenio humano.

Esa posición, que debía ser la digna y loable, conspiró contra una homogeneidad de cultura, al igual que la confluencia de diversas razas no ha permitido el cuajar de un ejemplar humano típico, aunque ignoramos si esto es lo definitivamente deseable, aunque puede signar la excelencia de un espíritu y de un estilo.

Tal carencia de estructuración de cultura dió cauce a la permanente corriente foránea de lo que aporta la fermental renovación y la inquietud fecunda, pero al mismo tiempo acentúa una inestabilidad de árbol que, por extender inacabablemente raíces, ramas y follajes, se "va en vicio", en la gráfica expresión criolla, sin la gracia de la floración y el regalo del fruto.

Esa misma posición —quizás equivalente a una minoría de edad— propendió a que nuestros medios culturales responsables, calcasen servilmente formas, procedimientos y programas ajenos, que no han permitido una expresión normal a nuestra inteligencia y a nuestra capacidad artística.

El niño ha crecido y exige la libertad de ser él mismo, pero los preceptores —que han heredado las remendadas muletas de la anquilosada tradición—, no se atreven a quitarle los andadores.

De ahí derivan los pininos y los simulacros.

¿Quiénes son los llamados a abrir horizontes y preparar caminos para los incipientes viajeros?

¿Dónde deben repercutir las manifestaciones de la cultura sino en el ángulo apto y capacitado para sentirla, comprenderla y valorizarla?

Pero ¿cómo está conformada esa secta desde el punto de su concepto social e intelectual?

Esa clase, indudablemente la flor y nata de la sociedad, está integrada por el mundo cultivado y refinado que ha tenido la fortuna excepcional —porque el esfuerzo y el sacrificio de la colectividad se lo ha permitido— de participar del bien sublime del acervo de los conocimientos humanos, impartidos por los institutos adecuados.

Ese núcleo detenta, pues, por derecho propio, el privilegio nobilísimo de la custodia de lo que podríamos denominar el fuego sagrado de la religión de la sabiduría y de la gracia.

Dicha avanzada brillante, integrada por profesionales —que, aparentemente, piensa y sabe— es la teóricamente capacitada para captar el llamado del arte.

Supongo lo hará en relación a lo foráneo, a lo exótico, a todo lo que huela a extraño o remoto.

En cuanto a lo inmediato, abochorna tener que manifestar que una casi unanimidad adopta una posición de "no beligerancia", provocándole a muchos una situación difícil el responder —entre ofendidos e irónicos— que no leen libros nacionales.

Mucha culpa de ello radica en los programas oficiales de universidades y liceos, que fabrican por serie ratones de bibliotecas y polillas de sistemas filosóficos y no estudiosos cultos, versados y empapados en filosofía o en literatura.

Hasta los altos centros de enseñanza, que se creerían oreados por los vientos renovadores de las reformas modernas, aun no ha llegado ni remotamente el sentido de un nacionalismo puro y honesto, de un americanismo entrañable y de un democratismo substancial.

Los hombres de la calle, los que venimos de las bajas capas sociales, no poseemos diplomas que nos autoricen a formular cargos a los mentores de nuestra cultura híbrida, libresca y europeizante. Mas nos vemos forzados a decir nuestra verdad, porque deriva de los hechos un serio cargo de responsabilidades para los que no dan un índice lógico a la cultura, para los que abandonan a su oscura y desgraciada suerte a los artistas y, por ende, al pueblo, que espera de ellas la senda y el norte, luz para su espíritu y sentido para su vida.

No es este problema que deben resolver "los de abajo", los que salen de las escuelas primarias o se alfabetizan a salto de mata, robando tiempo al descanso, hambrientos de saber, volcados hacia afuera en un ansia de sentir, integrando el mayor porcentaje de lectores.

Entre tanto prolifera el mundo amorfo y opaco de los analfabetos, de los semileídos, que engrosan la clientela de los asiduos a las crónicas de caballos, de fútbol y de los pizarrones de las quinielas.

Alguien, pues, atenta contra el futuro de la inteligencia.

No es difícil identificarlo en los detentadores del privilegio de la cultura, en los que atrofian a la juventud en el bostezo aburrido de literaturas momificadas y caducas, en sutilezas escolásticas de eruditos desocupados, en teorías de una inutilidad superlativa y cuando intentan dirigirse a la masa lo hacen en sánscrito o con el idioma de los inexistentes selenitas.

El pueblo no debe continuar sosteniendo una fábrica de profesionales enfatuados, extranjerizantes y ávidos de lucro, que se divorcia de él en la medida de sus aires seudo aristocráticos y del olvido de darle a la enseñanza un significado más democrático, más popular, más de bien colectivo y más de fin social.

Que los hombres que tienen en sus manos la responsabilidad de la cultura se ciudadanicen en sus propias tierras.

Que se "paren, miren y escuchen", como rezan los preventivos letreros del ferrocarril, pero que lo hagan con el corazón, para que no se repita un común fenómeno que simbolizamos en la auténtica contestación de un ilustradísimo profesional, que ocupara los más altos cargos docentes y que interrogado al respecto nos declaró:

—Yo no leo libros nacionales...

Esa confesión hace el lapidario proceso a una sociedad diletantesca, imitativa y superficial, que sólo barniza con discreto brillo la epidermis de un cuerpo, en cuya entraña —por suerte y como una fecunda promesa— laten una sangre generosa y un fervor humano, que confiamos romperá algún día su prisión absurda y suicida.

MONTIEL BALLESTEROS

PAZ Y RECONSTRUCCION POSBELICA

Dardo Cúneo

Secretario de la Comisión de Prensa del Partido Socialista. — Director de la revista "Futuro".

¿Es posible ganar una guerra sin adelantar a los pueblos que la hacen y la sufren una esperanzada visión del día que seguirá al último combate? No hay masa humana, no la hay en nuestro tiempo, que consienta librar una gran batalla victoriosa si no lleva consigo —sinceramente sentida propia o por servicios de propaganda confeccionada— la ilusión de la posguerra, de la promesa que dice de la reparación justiciera y de una nueva ordenación de las cosas y los valores. La guerra anterior dijo a los dirigentes de las naciones aliadas la utilidad del anuncio de la utopía. "Esta guerra es la última", era uno de los carteles con que se formó una mística. Con esa ilusión se estremeció a las masas del mundo y se llevó a la muerte europea a los ejércitos. Después de esa guerra, no vendría otra. Los hombres jamás se ultimarían en la gran legal matanza. El sacrificio era, por cierto, conveniente y prometía beneficios. Los que morían en los frentes podían sentir como última la esperanza de que sus hijos vivirían por siempre la paz. Otro cartel decía: "Muere un mundo y de sus cenizas —el cartel acudía a la imagen del ave Fénix renaciente— otro surgirá modelado sobre el reconocimiento de la justicia". Valía la pena morir para dar vida, sacrificarse para alumbrar.

El nuevo mundo se escapó de las manos de las gentes en la posguerra clamorosa y defraudada. El enardecido capitalismo que reabra el juego de las colonias y no quería saber de renuncias arrebató ese mundo cicatrizado y caliente de la herida y de la ceniza. El capitalismo aspiró en su exclusivo interés al restablecimiento de la derruída arquitectura social de la preguerra en que el régimen de la apropiación individual y la explotación industrial había realizado sus más altas estaciones. Añoranzas del burgués de París y de Londres, orgullo del empresario de Nueva York que ahogan el surgimiento de una república socialista en Alemania, que mandan tropas mercenarias contra los insuficientes frentes de la revolución leninista en Rusia. Las masas habían renunciado a su sangre en la esperanza de que un mundo equitativo sería librado. Los capitalistas no renunciaban al viejo privilegio que querían ver salvado de la crisis y recobrado —enteramente recobrado y superado— en el amanecer de la paz. Esa paz nacía con las señas del privilegio del capitalista. No era la de la ilusión de las masas que habían guerreado y del mundo que había creído.

Adviértase que en esta guerra no hay tan frecuente repetición de carteles de promesas revisionistas como en el curso de la anterior. Los discursos de los dirigentes no dicen —con excepción de aquellos de los oradores del laborismo británico y del estadounidense Wallace— de mundos nuevos que están en convulsionada forja, sino que al más piden el regreso de la vida a la inmediata paz de preguerra. Ese sentido tiene la Carta del Atlántico. No se lucha por la total justicia de los hombres y las naciones. Se lucha por volver a 1938. Camino de vuelta. Y camino corto.

Cuando los dirigentes del mundo capitalista no hablan de mundos nuevos es porque esos mundos están cerca de nosotros. En la guerra anterior, anuncian, sin peligro, lo lejano. En la actual, silencian, peligrosamente, lo que viene. En 1916, Lloyd George decía: Perpetuar el viejo mundo sería traicionar a los muertos heroicos. En 1943, Churchill afirma que no aspira al destino de presidir la descomposición del imperio. ¿Y qué mínima solicitud podemos hacerle a esta guerra sino la derrota del totalitarismo y la descomposición del imperio inglés?

"Toda gran convulsión en la historia del mundo —ha escrito recientemente en su libro "Conditions of peace", el profesor de Gales, Edward Hallet Carr— y más particularmente en la historia de Europa moderna, ha sido al mismo tiempo guerra y revolución". Y agrega: "La guerra no es nunca un fin, pero sí siempre el comienzo de un mundo nuevo". Las masas convocadas para librar batalla contra el totalitarismo —enemigo de clases aunque la dirigente de Europa no ha querido que se le viera así— poseen suficiente energía como para que puedan ser detenidas al cabo de un camino corto. 1938 no puede ser la meta. El regreso no puede ser la orientación de la marcha. El mismo objetivo de la lucha marca una ruta a seguir más allá de su derrota. Vencer a Hitler tendrá un significado mayor que haber vencido a Guillermo. La victoria, otra proyección. Esta guerra es más revolución que la anterior guerra. Hitler no es el monarca de un ambicioso estado militarista, sino la cabeza de una mundial corriente contrarrevolucionaria que en algún momento —y en más de un momento también— enroló a muchos que hoy se encuentran alistados en las filas de la democracia.

Al organizar la Encuesta Mundial sobre los problemas de la paz y la reconstrucción posbélica, elaborando un cuestionario que facilitara y ordenara las contestaciones, procurando armonizar opiniones y obtener una síntesis constructiva, pensábamos diferir la publicación de las respuestas hasta el próximo número, dando tiempo suficiente a todos los colaboradores. Pero ha sido tal el interés despertado por esta iniciativa, y nos llegan tantas voces de estímulo y aprobación, que hemos resuelto comenzar desde este número la inserción de los primeros trabajos recibidos.

Lamentamos la falta de espacio, que nos impide publicar las respuestas de destacadas personalidades que se hallan ya en nuestro poder. Tenemos la certeza del éxito de esta Encuesta, a la que hemos invitado a colaborar a las personalidades más eminentes del país y del exterior.

A continuación reproducimos la nota enviada, que contiene el cuestionario elaborado:

"Con el propósito de obtener el valioso aporte de opiniones e ideas de pensadores, intelectuales, artistas, obreros, luchadores por la libertad, con respecto del tema de mayor trascendencia para la humanidad, en los actuales momentos, nuestra revista ha organizado una ENCUESTA MUNDIAL, titulada

PAZ Y RECONSTRUCCION POSBELICA

La necesidad de una confrontación de conceptos, con vistas a una armonización y síntesis constructiva, surge de los siguientes hechos: La fe inalterable en la derrota militar de las potencias nazifascistas; la urgencia de prever los acontecimientos del futuro inmediato, para que no tomen a los pueblos desprevenidos y desorientados; la contribución imprescindible de todos los hombres libres a la solución de los problemas planteados por la reconstrucción posbélica.

Dentro de la vastedad de aspectos que ofrece este tema, hemos procurado destacar en pocos puntos las cuestiones centrales, sin perjuicio de que puedan ampliarse en las respuestas. Estas pueden referirse a la totalidad de los puntos o a aquellos problemas que sean de su preferencia o especialización. Obvio es señalar que todas las opiniones serán publicadas respetando íntegramente el pensamiento de sus autores.

CUESTIONARIO

1° — *¿Cuáles deben ser a su juicio las características principales de la reconstrucción posbélica?*

a) *En el orden político:* ¿Se mantendrá la actual estructura de división por naciones? ¿Se podrán constituir grandes uniones regionales y continentales? ¿Es el federalismo el sistema más adecuado de relación entre los pueblos? ¿Cuáles son las fallas más notorias de los regímenes democráticos que habrá que superar? ¿Cómo impedir que las naciones de mayores recursos o más industrializadas avasallen a los pueblos más pobremente dotados?

b) *En el orden económico:* ¿Cuál será el papel del capitalismo privado? ¿Es conveniente una centralización económica estatal? ¿Se podrá socializar la tierra y aplicar este sistema como solución a otros importantes problemas económicos? ¿Cómo contrarrestar a las fuerzas que pugnarán por hacer perdurar la expansión imperialista?

2° — *¿Qué contribución puede aportar América a la paz y la reconstrucción mundial?*

3° — *¿Cuáles son los medios más adecuados para hacer que predomine la voz y la opinión de los pueblos, evitando la repetición de los errores de la paz posterior a la pasada contienda?*

Consideramos que usted coincidirá con nosotros en la apreciación de que los temas planteados superan las formulaciones hechas hasta el presente por los directores de la guerra, sintetizadas en la enunciación de las "cuatro libertades" y la Carta del Atlántico.

Por tanto, esperamos su autorizada respuesta, plena de sugerencias, como contribución al esfuerzo de todos los hombres que trabajan para que no se repitan los males que han conducido a la actual catástrofe.

Confiamos en que usted podrá hacernos llegar su contestación a la mayor brevedad, anticipándole que las publicaciones se harán por estricto turno de recepción. Enviaremos a usted un ejemplar de todos los números de HOMBRE DE AMERICA en que aparezcan respuestas a esta Encuesta. Al final de la misma, la Dirección de la revista hará una síntesis de sus conclusiones".

La victoria sobre Hitler no será la derrota de un Hitler alemán, sino la de un Hitler que desempeñó la jefatura de la contrarrevolución mundial. No podrá ser vencido Hitler y continuar en el gobierno del sufrido país suramericano el tirano criollo que le copió al totalitarismo europeo los métodos de opresión política y acaso también el concepto y la frase en algún discurso olvidado. Si este subsiste es porque Hitler no ha sido vencido del todo. Sólo habría sido aniquilado el Hitler alemán, que es un fragmento de Hitler.

El mundo viejo no morirá por propio reconocimiento de su vejez fatigada. No faltarán las fuerzas que quieran rescatar el cadáver para animarlo de vida artificial y prolongar en nueva aventura su agonía. El capitalismo que ha asistido al desarrollo de la capacidad industrial en la guerra, que ha visto multiplicarse prodigiosamente los resultados de la máquina bajo la exigencia bélica, contabilizará desde ahora sus probabilidades para cuando ese gran impulso logrado por la industria vuelva a dirigirse hacia el mercado. No querrá el capitalista perder la oportunidad de aprovechar para sí en la próxima posguerra las condiciones de ese alto nivel industrial. Por eso, el problema fundamental del mañana de las democracias victoriosas será la orientación que tome la retransformación de las industrias de guerra en industrias de paz. De eso dependerá la fisonomía del nuevo mundo, la proporción de justicia social que lo presida o la del interés capitalista que lo traicione.

La suerte del futuro se decidirá en la solución de esta alternativa: ¿guerra larga o guerra corta? La extensión de la guerra en el tiempo impondrá un empleo mayor de las economías capitalistas de las democracias. Si la victoria —la indudable e indiscutida victoria— llega al cabo de largas jornadas, aunque no numerosas, los factores de esa economía habrán perdido fuerza suficiente como para actuar en la conspiración contra el mundo nuevo al tiempo que en la sensibilidad de las masas habrá cumplido estaciones definitivas el proceso de maduración revolucionaria. Cuanto más guerra, más revolución. En el curso de una guerra larga no se podría sostener la "no beligerancia" de Franco y la derrota de los objetivos de la lucha —el totalitarismo— sería absoluta.

Una guerra corta haría posible en el juego europeo el entendimiento aliado con Franco, acaso con los militares alemanes de producirse un colapso del nazismo e incluso con los opositores de Mussolini dentro de la monarquía y el ejército italianos. Las economías capitalistas aparecerían apuntaladas, lo que daría lugar al ensoberbecimiento del régimen que provocó la guerra. Los hombres habrían muerto en vano. Los muertos heroicos, de que dijo Lloyd George en 1916 y de los que no ha vuelto a decir ahora, se verían traicionados por segunda vez. Las masas no habrían madurado suficientemente su sensibilidad para las transformaciones y las industrias de guerra dejarían un superávit de existencias armamentistas que inevitablemente daría lugar a nuevas guerras, no tal vez entre grandes Estados y coaliciones de naciones, sino entre países coloniales. Acaso se reproducirían en escala mayor conflictos como el de Paraguay y Bolivia, y se reavivaría el de Perú y Ecuador. Las armas que sobraron serían productos que buscarían mercado.

El mundo nuevo deberá edificarse —única posibilidad de su construcción verdadera— sobre la derrota de los imperios totalitarios y capitalistas. El capitalismo hizo posible al totalitarismo. No habrá victoria sobre éste sin la derrota de su causa generadora. Esto es tan claro como aritmética elemental. La democracia defendida de los riesgos hitleristas tendrá que ser mañana la democracia triunfante que renuncie a su filiación de la víspera. Sin esa desafiliación no habrá sino una democracia envejecida e impotente, sin soluciones para los problemas que la misma guerra ha dejado planteados.

La guerra ha propiciado el despertar instintivo de las causas nacionales. No la hicieron a ella los nacionalismos, sino los imperialismos, que es lo contrario. Y siendo el imperialismo su causa, lógico es que sea el nacionalismo su consecuencia victoriosa. Los pueblos acosados, los pueblos oprimidos, los pueblos combatientes se afirmaron en la fe y en la emoción de lo nacional para resistir, para sufrir y para luchar. Con los ejércitos soviéticos no triunfa la Tercera Internacional sino la nación rusa. Con los enemigos golpeando sus ciudades, robándole la costa, China reconstruye su nación, abriéndose paso hacia sí misma, hacia sus interiores, sus milagreras entrañas, despensa de sus reservas maravillosas. Frente a la guerra, la India despierta, definitivamente, como nación, y Australia mide su capacidad de producción y de sufrimiento.

La paz del futuro será la de las naciones populares, sin complejos raciales, sin dependencias opresoras. Naciones libres en número tal como los pueblos quieran, que hagan una federación o federaciones. "La poderosa revolución que hoy está en marcha en todo el mundo —ha dicho Nehru, de la India— señala el camino para la federación mundial basada

en la libertad nacional y un sistema económico más justo. Esta es la meta de la India: un país unido, democrático, estrechamente asociado en una federación mundial con otras naciones libres. Queremos la independencia, pero no una independencia del viejo tipo".

Quiero pensar que es a los países coloniales —a los de nuestra América que lo son— a quienes corresponde apresurarse desde ya en la posible depuración de sus democracias y en la formación de la federación de iguales para que ésta haga custodia y ejerza defensa. Unicamente el bloque de las naciones indoiberoamericanas podrá enfrentar los riesgos que a sus destinos promete un capitalismo que saliera expansionista y triunfante de una guerra corta. Recordemos que Estados Unidos nos debe una respuesta a nuestra duda: ¿Es Roosevelt un estado de conciencia general o sólo un hecho aislado de accidental comprensión para la "buena vecindad"? Y a esta obra: ¿Puede la "buena vecindad" seguir fundada en el entendimiento con los tiranos suramericanos? Y no olvidemos que hasta el presente Gran Bretaña, con sus viejas instituciones, se ha mostrado más dispuesta a la reforma social en un proceso paralelo a la guerra, que los Estados Unidos arrogantes. Y tengamos presente que la democracia de las grandes potencias se proyecta hacia sus propios planos y no alcanza a los inferiores planos coloniales que son los nuestros.

La federación de los países coloniales de nuestra América es el primer puente a tender hacia nuestro futuro. Sin ella, no seremos nación; no seremos actores de ningún derecho. Sin ella, para nosotros no habrá paz. Ni paz buena, ni paz mala. Seríamos otra vez la colonia que no hubiéramos querido ser.

El método de la lucha contra los que ambicionan perpetuar el mundo viejo y traicionar nuevamente a los muertos heroicos tendrá para nosotros como punto de partida nuestra propia realidad de coloniaje. Nuestra definición ante la guerra no puede ser una elección de amos imperiales, sino un enrolamiento de esperanzas. Si hacemos votos por las Naciones Unidas es porque creemos que con ellas nos acercamos hacia nuestra propia liberación. En el distingo entre totalitarismo y democracia va nuestra afirmación de querer ver a las nuestras plenamente desarrolladas, sin el agravio del capital extranjero, sin el control foráneo de nuestra economía, sin el tutelaje metropolitano que no rompió del todo la revolución política de la independencia.

Si el mundo de la víspera fué el de las metrópolis, el de mañana debe ser el de las colonias rescatadas y hechas nación. Es decir, los coloniales de América vamos a empezar a tener un mundo que hasta ayer no nos quiso contar.

Nuestra contribución que debemos desde ya —y nos debemos— a la paz futura y a la reconstrucción posbélica será la de buscarnos a nosotros mismos, la de ir por la verdad de nuestros interiores —así como "El Patriota" de Pearl Buck—, la de internarnos en nuestro dolorido continente olvidado y limar las fronteras políticas y tomar fuerzas ahí para volvernos después, íntegros, verdaderos, fraternales, hacia el mundo a pedir el trato de nación. "Confederar los nuevos Estados en una gran República que se defendería de Europa, serviría de contrapeso a los Estados Unidos y pesaría en las decisiones políticas del mundo", pedía Bolívar. Que comparta el mundo nuevo, pedimos nosotros, en la sinceridad de la paz de los pueblos.

Paz de los pueblos. No será nuestra si el capitalismo subsiste con todas sus prerrogativas y derivaciones, si el Estado es el instrumento opresor, si la industria no sirve a las necesidades populares. Será nuestra si nos decidimos a ambicionarla, si las causas nacionales despliegan banderas. Si nuestra América colonial sigue a México que reparte la tierra, que confisca a las compañías extranjeras, que se alista en la guerra contra el "eje" y guarda su soberanía nacional. México, americano, tumultuoso y guerrillero, es la ruta. Si la superamos, mejor.

DARDO CUNEO

Diego Abad de Santillán

Escritor y periodista. — Ex ministro de Economía de la Generalidad de Cataluña, durante la guerra de España. — Ex director de "La Protesta".

Grandes han sido los sacrificios realizados hasta aquí por los británicos, los norteamericanos, los chinos y los rusos para defenderse contra la agresión totalitaria, y grandes serán todavía esos sacrificios en lo sucesivo, hasta el día en que las tropas vencedoras puedan desfilar por Berlín, Tokio y Roma. Pero cuando termine la batalla de los tanques, de los cañones, de los aviones y de las naves de guerra, no habrá terminado más que una primera fase de la lucha por la paz: la fase militar; quedará en pie, íntegramente, la necesidad de la beligerancia en otros terrenos para que no vuelva a producirse la guerra veinte años más tarde. Y será también una larga y encarnizada batalla, en la cual tampoco podremos ser neutrales, como no lo somos en esta batalla universal contra la amenaza totalitaria, batalla en que hemos sido combatientes sin tregua en el curso de los últimos veinte años, cuando sesteaban pacíficamente los que tenían obligación de vivir alerta: gobiernos y pueblos.

Destruído el mito de la generación espontánea por la biología moderna, también ha caído el de la generación espontánea de la guerra. Nicolai ha podido titular una de sus grandes obras "Biología de la guerra", donde ha explicado las causas, las raíces tanto biológicas como políticas, económicas y sociales de ese flagelo.

Los pesimistas nos aseguran que se trata de un fenómeno indestructible, inherente a la naturaleza humana, y consideran estériles todos los esfuerzos tendientes a establecer la paz definitiva entre los hombres y los pueblos. Pero se han logrado hazañas no menos trascendentales por obra del ingenio humano. ¿Desde cuándo comenzó el hombre a querer volar como las aves? La leyenda de Icaro y su tragedia final es una lejana etapa en la conquista del espacio, pero en 1943 el vuelo mecánico es un hecho universal que ha borrado para siempre las distancias y ha desafiado el tiempo. La lucha por la paz no será tarea sencilla ni de rápidas victorias, pero es una honda aspiración humana que llegará a realizarse, como llegaron a la realización otras aspiraciones no menos grandiosas. Y todo indica que hemos llegado al punto final de los ensayos románticos para poner fin a las hecatombes humanas y que esta guerra es el fin de la era de las guerras militares. La beligerancia adquirirá, seguramente, otras formas. Y depende tanto de los pueblos como de sus gobiernos que esas formas no estén reñidas con el sentido de la humanidad y de la justicia.

La primera condición para la lucha por la paz, iniciada con la guerra total en el campo de las armas y de la fuerza, es el reconocimiento de que la responsabilidad de la existencia de los gobiernos de fuerza y de violencia, dictatoriales y agresivos, no es solamente de los gobiernos, sino también de los pueblos. Grande es la misión histórica que ha tocado en lote a un Roosevelt y a un Churchill, por ejemplo, en la conducción de esta contienda, pero ni durante la guerra, ni después de la guerra deben actuar como providencias supremas, sin el concurso activo, voluntario, espontáneo y alerta de los pueblos de los Estados Unidos y de Gran Bretaña. Cuando se habla de la conducta del mundo ante la guerra española, se señala a un Chamberlain, a un Hitler, a un Mussolini, a un Blum o a un Daladier, como culpables supremos, pero en el crimen de la *No intervención* no es menor la responsabilidad directa y personal de los trabajadores británicos, ingleses, alemanes, franceses o de cualquier otro país. La lucha por la paz, para ser efectiva y eficiente, debe contar con la contribución de los pueblos en forma tal que haga imposible a las minorías privilegiadas y monopolistas la reproducción de las condiciones económicas, políticas y sociales de donde nace la guerra social, primer paso de la guerra entre las naciones y entre los continentes. En la política de las Naciones Aliadas, después del tratado de Versalles, hay tanta culpabilidad en los pueblos como en los gobiernos vencedores. Si esta vez los pueblos vuelven a la pasividad y a la indiferencia política, es casi seguro que ni Roosevelt ni nadie conseguirá por su propio esfuerzo personal establecer un orden mundial de paz y de cooperación solidaria y equitativa.

Stafford Cripps ha señalado otro de los grandes peligros para el porvenir: "El sistema totalitario derrotado —dijo— podría, como la revolución francesa, imprimir sus formas e ideas sobre las naciones victoriosas, a menos que estemos despiertos al peligro y resueltos en cuanto a la acción a realizar". Frente al "nuevo orden" hitleriano, las Naciones Unidas han de establecer un orden mundial en el que la guerra sea imposible; pero existe el peligro de volver a comprobar, una vez más, la victoria de los vencidos, al penetrar sus ideas y sus métodos en el cuerpo político y social de los vencedores. Y es tanto mayor ese peligro cuanto que es evidente que las mismas democracias mantienen instituciones en descomposición, iniquidades permanentes, métodos que repugnan a todo sentido de justicia y de libertad.

La personalidad humana puede ser oprimida de muchas maneras y en nombre de muchas doctrinas, sin excluir la opresión por la histórica servidumbre voluntaria señalada por Etienne de la Boetie, el amigo de Montaigne. Cualquier sistema político y social que aplaste la personalidad humana es un sistema que atenta contra la paz social y contra la paz entre las naciones, y una de nuestras tareas principales consistirá, en los años de posguerra, en esa defensa de la persona humana contra todos los factores, ideologías y sistemas que han de querer debilitarla y suprimirla, para lo cual no faltarán argumentos, razones dialécticas, mitos, como el mismo mito de la realización del socialismo por el camino del totalitarismo dictatorial.

En la contienda actual, segunda parte de la de 1914-18 en mayores proporciones, pero en el fondo con los mismos problemas, han hecho quiebra valores que todavía se creían fundamentales e inconmovibles. En primer término, han hecho quiebra los nacionalismos cerrados, esos nacionalismos de campanario sobre los cuales pueden levantarse tiranos de todas las magnitudes, pero que no tienen ni respaldo político ni respaldo económico ni realidad social. No hay naciones independientes; las vinculaciones a través de todas las fronteras y para todos los fines, y el acortamiento de todas las distancias, han dejado los nacionalismos del siglo XIX como anacronismos insostenibles. Pero si los nacionalismos de los países pequeños y de economía incompleta deben ser superados, también deben ser superados los nacionalismos de las grandes potencias. Si se quiere un nuevo orden mundial estable, debe cimentarse sobre la justicia, y no es justo que las materias primas fundamentales para la vida universal sean monopolio de nadie. En la Carta del Atlántico se señala ese punto: el libre acceso a las materias primas indispensables para las industrias mundiales y para el abastecimiento de los pueblos.

Tampoco hay una solución en la formación de unidades político-económicas mayores. Por ejemplo, en lugar de media docena de países centroamericanos, una federación centroamericana, y en lugar de media docena de países del continente suramericano, un conglomerado más completo, como el previsto por San Martín. Esos enlaces político-económicos tienen razón de ser como medios defensivos u ofensivos, pero en un régimen mundial de justicia no son necesarios o al menos pierden su primera razón de ser.

Los problemas que han producido la hecatombe de la guerra son de orden mundial, y las soluciones deben ser también de orden mundial, para los pequeños y para los grandes, en forma tal que no haya opresores ni oprimidos, aunque siga habiendo diferentes niveles de cultura y de confort.

Se prevé para el porvenir inmediato una acción decisiva e indiscutible de cuatro grandes potencias: Estados Unidos, Gran Bretaña, China y Rusia. Pero en la medida que en sus acuerdos primen los intereses particulares de esos grandes núcleos sobre los intereses realmente humanos, de los vencedores y de los vencidos, el nuevo orden será un paso hacia la justicia y hacia la libertad o una perpetuación, bajo nuevos nombres, de los sistemas y apetitos y pasiones que nos han llevado a esta catástrofe: triunfarían nuevamente los vencidos.

La piedra de toque para saber en qué medida irán los aliados hacia soluciones más equitativas, nos la dará el problema inaplazable del colonialismo. No pueden existir colonias y países con derechos coloniales en el nuevo orden mundial que se establezca después de la guerra. Presenciamos en estos momentos las disputas de los franceses en torno a las colonias de Africa; cada cual aspira a predominar sobre los demás, pero todos coinciden en que las colonias francesas de Africa y de Asia deben ser mantenidas para Francia. ¿Pero es que en el nuevo orden de las democracias también tendremos que habérnolas con el racismo hitleriano? Las colonias del Africa del Norte, francesas, españolas o italianas, deben constituir naciones o entidades libres y autónomas, como en todas partes. Ni Giraud ni De Gaulle recuerdan que en la isla de la Reunión hay un hombre, representante de un valeroso pueblo africano, que también tendría derecho a decir algo sobre los destinos del Africa del Norte: ese hombre es Abd-el-Krim.

Ni nacionalismos ni colonialismos para el porvenir. Y ya eso señala un programa de trabajo y de lucha para varias generaciones en la posguerra. La fuerza material de las naciones unidas, que anuncian la decisión de oponerse a los regímenes antipopulares en el mundo, ¿impedirá también que las poblaciones subyugadas de las grandes potencias luchen con todos los medios por su independencia? La independencia que los norteamericanos, los franceses, los ingleses consideran buena para sí mismas ¿ha de ser un mal para los bereberes de Marruecos, para los árabes de Libia, en una palabra, para todos los pueblos del mundo?

El capitalismo privado, en la forma conocida hasta aquí, atacado simultáneamente por el socialismo que, aunque en crisis, no ha muerto, y por el totalitarismo nazi-fascista, ha cumplido su misión y no tendrá en el porvenir las posibilidades que ha tenido en el siglo XIX. Pero en una superación racional del sistema que representa no hay ningún mal para los usufructuarios de sus privilegios ni para sus víctimas. Ha cumplido su destino y ha enseñado nuevas rutas de prosperidad al mundo. Ahora hay que hacer del aparato de producción, de la riqueza natural de los pueblos, instrumentos de significación social, en beneficio de todos. El método para ello puede ser distinto, pero es difícil que las clases minoritarias que usufructuaban en beneficio particular los instrumentos de producción y las fuentes de materias primas, vuelvan a cometer el gravísimo error de llamar en su auxilio a sucedáneos del fascismo, como el caballo en apuros llamó al hombre y se dejó poner brida y montar por él, con el resultado de la pérdida de su libertad. El capitalismo alemán y el italiano, que llamaron al fascismo para que los defendiese contra el socialismo, han acabado por convertirse en esclavos de los mercenarios. Y una nueva experiencia no daría resultados distintos, porque no hay ya campo propicio para el desarrollo de las formas típicas de la economía del siglo XIX.

Muchos y muy numerosos son los problemas que sugiere una encuesta como la presente. Ni abunda el espacio ni el tiempo para pasarles revista. Nos contentamos con advertir que la guerra militar, que se desarrolla en las mejores condiciones para las Naciones Aliadas, no es más que una etapa de la guerra, y que la lucha debe continuar después del armisticio, y desde ahora, por la paz, por la justicia, por la libertad. Y si no continuase, el mundo no tardaría en volver a llorar lágrimas de sangre cuando toque la hora del sacrificio supremo a la generación que hoy da los primeros pasos.

DIEGO ABAD DE SANTILLAN

LOS ISLEROS

ERNESTO L. CASTRO

Un escritor joven, poco conocido a pesar de su vasta labor cumplida y, lo que es más extraordinario, no integrante de los pequeños círculos de literatos consagrados o consagrables, ha obtenido recientemente, con su novela Los Isleros, el primer premio en una selección argentina para un certamen de literatura.

Se trata de concurso abierto en Nueva York por la editorial Rinehart y Farrar, que ha constituído un jurado en la Unión para la elección de la mejor novela latinoamericana, la que será premiada con 2.000 dólares y su edición en inglés. En nuestro país, la tarea de selección fué encomendada a la revista "Nosotros", quien designó un tribunal literario, que tuvo que dictaminar entre más de treinta obras presentadas, decidiendo otorgar el primer premio a la novela de Ernesto L. Castro, por múltiples y propios méritos.

Este autor ha publicado anteriormente "Entre las sombras" y "Almas perdidas", libros de cuentos, y ha estrenado "Tierra Arada", en el Teatro Intimo dirigido por Carlos Perelli y Milagros de la Vega, y "Desterrados" y "En algún lugar", por el Teatro Independiente La Máscara.

Anticipamos un fragmento del primer capítulo de Los Isleros, obra que será publicada en breve por la Editorial Losada.

Sobre una punta de la isla el río hace un remanso. La corriente, que baja con fuerza, ha socavado la costa hasta formar una pequeña ensenada. Un sauce, con parte de las raíces desenterradas, oscila a la menor ráfaga de viento, amenazando tumbarse sobre el cauce del torrente, definitivamente vencido. Ya la correntada arrastró parte de los varejones del gallinero inmediato al rancho de los Lucena. Apenas un año antes, desde lejos, se veía el rancho firme en sus múltiples patas. Aunque el remanso minaba silenciosamente la orilla, el viejo Lucena no daba señales de inquietud. De sobra conocía el poder devastador del río para intentar defensa contra el ataque sordo e implacable de las aguas. Se resignaba desde ya a lo que fatalmente habría de suceder.

—¡Y güeno! —aducía, encogiéndose de hombros—. ¿Qué se v'hacer? ¿Quién lo ata al río?... No se le puede poner freno com'a un bagual.

Con la mayor resignación dió por perdido el emplazamiento del rancho. Después, antes de comenzar la construcción de otro en lugar seguro, por si la acertaba, pasó dos meses esperando el regreso de su hijo Antonio. No quería mandarle aviso para que viniera a ayudarle. Tenía noticias que había barcos cargando en el puerto San Pedro y que el muchacho trabajaba seguido en el embarque. Si venía por voluntad propia, bien. Si no venía, ya se las arreglaría de algún modo.

Más o menos a los dos meses, sin ningún apuro, se puso a cortar ramas gruesas de los árboles del monte cercano y a estibarlas en montones cerca de la casa. La mujer lo observaba sorprendida. La vieja era excesivamente lacónica, casi huraña, y no entraba en sus costumbres abrumar al marido con preguntas. Asimismo, no dejaba de pensar:

—¿Pa qué precisará tantas estacas?

Don Leandro iba y venía, más silencioso que de costumbre. A veces, mientras desbrozaba los troncos con el hacha, silbaba nostálgicamente. Los recuerdos musicales de su juventud surgían especialmente cuando las cosas marchaban de acuerdo a sus deseos. Una vez que creyó tener la cantidad necesaria de estacas se internó en la maciega, machete en mano y con el torso descubierto. Aun su brazo era bastante fuerte para cercenar la paja brava a machetazos. Así como era de filosa la herramienta, lo era de resistente y cortante la paja. Le hacía ensangrentar las manos, los brazos y la cara. Una y otra vez, sin embargo, el hombre regresaba cargado, insensible a las heridas y al cansancio. Junto a las estacas amontonaba los mazos de paja brava. La mujer le veía regresar de la maciega ensangrentado y cubierto de fango putrefacto. Ante el montón de paja, en continuo aumento, tampoco hizo pregunta alguna, pero pensaba:

—¿Pa qué tanta paja brava?... Pal techo basta y sobra.

Por fin, un día, él, la llamó:

—¡Vení, vieja! ¡A ver qué te parece'l sitio qu'elegí pa levantar rancho nuevo!

En don Leandro no era habitual pedir consejos toda vez que había resuelto algo. Quizás por esa razón, lo miró sorprendida. Anduvieron un rato por la costa, alejándose de la zona del remanso. Frente a un claro entre los sauces, el hombre se detuvo.

—¿Qué te parece'l sitio?

Muchas veces la mujer había andado por el lugar. Allí, tres años antes, plantaron sandías con gran resultado. Pero jamás supuso que algún día podrían levantar el rancho precisamente en ese sitio. De cualquier modo, observó detenidamente el terreno. El viejo conocía demasiado la isla para equivocarse en la elección.

—Como alto, es alto.

—Ajá —asintió don Leandro, complacido.

—Más me gusta ande estamos, sin embargo.

El viejo, entonces, enarcó las cejas.

—Pero... —dijo— ¿y el remanso? Tenemos que dirnos d'ahi.

Demasiado lo sabía la mujer. Opinaba de ese modo porque le desagradaba la idea de abandonar el lugar donde estuvieron tantos años. Sentía por el paraje el apego que las bestias sienten por su madriguera.

El río se había llevado la primera fila de sauces plantados por los dos, muchos años antes, y proseguiría devorando la costa, salvo que una nueva creciente modificara su curso y el remanso desapareciera de la punta de la isla.

—Y... ¿si a vos te parece? —admitió, al cabo—. Malo no es.

Ella observó la tierra removida y poceada para fijar los parantes y comprendió que el viejo, antes de consultarla, se había adelantado a marcar el trazo de la futura vivienda.

—¿Qué? —dijo—. ¿Vas'hacer más grande'l rancho?

La sonrisa del viejo intrigó a la mujer. En los años que llevaban viviendo juntos tuvo que aprender a dominar su curiosidad. El marido siempre había sido parco y poco propenso a dar explicaciones. Ella se había hecho paulatinamente a su manera, pero se las arreglaba para hacerlo hablar sin provocar una contestación áspera, como sucedía toda vez que Leandro quería defender su mutismo.

—Con un rancho como el que tenemos nos alcanza bien, creo —murmuró, igual que si pensara en voz alta.

La táctica produjo el efecto deseado.

—A nosotros, sí, nos alcanza, pero tenemos que dir pensando que cuando venga Toño...

Y como era frecuente en el viejo Lucena, la frase quedó incompleta.

—¿Cuando venga Toño, qué...? ¿Acaso no nos hemos arreglao antes?

Con sonrisa maliciosa, don Leandro aclaró:

—El muchacho anda trabajando juerte'n San Pedro. No será difícil que se nos venga acompañao.

Comprendió la mujer por qué el marido misteriosamente desbrozaba troncos para estacas. Por qué iba con el machete hundiéndose hasta la cintura en la maciega y regresaba ensangrentado, sin darse resuello, cargado de achiras y totoras. Por qué parecía no sentir pena de abandonar al río el sitio que ocupaban, tan lleno de recuerdos. En realidad, no era sólo porque el remanso estuviera comiendo la punta de la isla donde se alzaba el rancho, sino porque andaba por medio la otra: la desconocida que habría de aparecérseles con el hijo el día menos pensado para instalarse en la isla. Ya le habían llegado rumores de que Toño cortejaba a una mujer del pueblo. Pero, recién, ahora, de golpe, sintió la mordedura de los celos, como si ya se viera desplazada de la vida de sus hombres: el marido y el hijo.

—Espero que Toño sabrá elegir —dijo con acritud.

Era una frase repetida tantas veces que no obtenía réplica de don Leandro. Ella misma, de interrogársela, no hubiera podido precisar qué compañera tenía que elegir el hijo. En cambio, íntimamente, deseaba que no optara por mujer alguna.

Regresaron silenciosos. El viejo trataba de recordar dónde había visto un árbol del cual sacar un parante derecho y fuerte, terminado en horqueta. Tenía excelente memoria y un profundo conocimiento de la isla, lo que le permitía reproducir mentalmente la ubicación y el detalle de los montes de árboles. En cambo, la vieja, caminaba mortificada por los celos que se agitaban sinuosos e incisivos entre la maraña de sus sombríos presentimientos. Fué a la batea y se puso a restregar la ropa de Leandro, llena de lodo de la maciega.

Una pregunta martillaba, una y otra vez, en su cabeza, hasta exasperarla.

—¿Pa qué haberé dejao dir'e la isla a Toño?

Para ella, el error inicial consistía en dejar que el hijo se ausentara de la isla para ir a trabajar por una temporada al pueblo. Fué el padre quien dió alas al deseo del muchacho y lo alentó, como si descontara que habría de volver trayendo a la isla una mujer de tierra adentro.

El viejo, recogiendo el machete, fué en busca del tronco de árbol que necesitaba. Doña Rosalía siguió fregando con rabia. El silencio del marido le calentaba la sangre, aumentando su irritación. Veía el montón de estacas estibadas junto a las parvas de espadañas. Y recordaba la respuesta maliciosa del viejo, justificando la ampliación del rancho:

—No será difícil que'l muchacho se nos venga acompañao.

Estrujó furiosa la ropa.

—¡Si es lo que'está queriendo!... ¿Pa qué haberé dejao dir a Toño? ¡Pa lo que va'trair mejor se hubiese quedao en la isla!

Las explosiones de la lancha se repetían monótonas durante el viaje. Lindoro, en el timón, iba con el oído alerta. Durante casi todo el trayecto no dejó de ponderar, a Antonio y a Berta, las excelencias del motor. Ahora teme que una falla imprevista de la máquina malogre el elogio. Todo va bien y falta poco para llegar a la isla de los Lucena. Los dos pasajeros han callado, deprimidos por el calor que no afloja desde la mañana. Lindoro conoce a Antonio desde la infancia. Pero, a Berta, recién la ha visto por primera vez cuando en Obligado se embarcaron en la lancha.

—¿Qué tal, San Pedro? —pregunta, tanto por hablar, porque le fastidia sobremanera permanecer con la boca cerrada—. ¿Entoavía hay trabajo?

—Miseria es lo que hay: por eso me vengo —contesta el otro, con amargura.

—También la guerra, ¿eh? —insiste Lindoro.

—No hay embarques... El puerto está parao y la gente con los brazos caídos. ¿Sabés vos lo qu'es que la gente quiera ganarse un peso pa comer y no tenga ande trabajar?... ¡Fiera es la cosa!... Por eso mesmo me vengo p'acá.

No te venís solo, me parece.

Antonio sonríe y mira a Berta.

—Ya ves que solo no vengo: vengo con mi mujer.

—¡Ta güeno!... ¿Quién lo iba'decir, no? Ya va pa más 'e un año que te truje 'e la isla a Obligao. Ni te pensabas, entonces, qu'ibas salir prendiéndote —dice en tono de broma.

Y se pone a reír con espontaneidad de muchachón bueno y sin malicia, que ni los años y la experiencia ha marchitado. Esa risa fresca e ingenua, ha sido la mejor garantía de honradez en las transacciones comerciales que por cuenta de su patrón mantiene con los isleros. En las islas de la zona, goza de un ascendiente indiscutido que de reflejo beneficia a la casa comercial por la cual corretea en la lancha a motor. En cualquier isla donde le sorprenda la noche, tiene una cama disponible. En cualquier rancho, a la hora de la comida, hay para él un lugar en la mesa. Conoce la historia de casi todas las familias isleras. Y con igual sinceridad se alegra o se entristece, con las alegrías y tristezas de sus clientes.

—Yo le decía siempre a doña Rosalía —continúa—: este Toño en cuanto enderiece pal poblao se nos va'venir acollaradito. ¡Y ansí jué, nomás!

Hace vibrar la lancha para entrar en un brazo del Paraná que separa a dos islas. Ha amainado el viento y el calor se hace más sofocante y depresivo.

—¡Ta brava la tarde! ¡Si parece qu'anduviésemos dentro un horno!

Las ramas pendientes de los sauces rozan la superficie de las aguas, reflejándose en el espejo tranquilo de las orillas. En ciertos lugares, las explosiones del motor repercuten sordamente y se repiten en el eco que la espesura devuelve con resonancia de lejanía. Al paso de la lancha, levantan vuelo algunos biguás. Otros pájaros quedan inmóviles en las ramas de los árboles, indiferentes al tránsito de la embarcación. A veces, un benteveo silba estrepitosamente, no se sabe si por miedo o por rutina. De cualquier modo, el silbido resuena con modulación que parece burlona. También sucede que a pocos pasos de la proa algún pez de gran tamaño, pega un zumbullón revolviendo violentamente el agua. La estela de la lancha se va abriendo en abanico y muere en las costas que encajonan el río.

Lindoro, con un gesto, llama la atención de Antonio hacia Berta.

—Parece que s'está mariando —advierte. Intranquilo, el marido, la interroga:

—¿Te sentís mal?

—Un poco cansada —murmura.

Aproximándose al motorista, Antonio explica:

—No está acostumbrada, ¿sabés?

Ahora avanza en dirección a su mujer y para despejar el paso empuja con el pie una bolsa de galleta, provocando un pronunciado balanceo a la embarcación.

—¡Cuidado! ¡Te vas a caer al agua! —grita Berta, asustada.

—No tengás miedo, que ahugar no me áhugo, aunque me caiga —dice el mozo riendo—: pal agua soy igual qu'el dorao.

No obstante, la toma de una mano para tranquilizarla.

—Decime: ¿te gusta o no te gusta esto? —inquiere, señalando el paisaje.

El sol declinante apenas logra penetrar con sus rayos luminosos el ramaje de los árboles de las orillas. Allí, donde el follaje es más tupido, las sombras que se van adensando, esfuman los detalles del conjunto. Las aguas adquieren un tinte azulado, cuya intensidad aumenta gradualmente. El canto de los pájaros va siendo más pausado y crepuscular.

—Sí, me gusta, pero me parece triste —confiesa—. ¡Todo tan despoblado! ¡Como si por aquí nunca hubiera vivido nadie!

Las palabras de Berta parecen impregnadas de la tristeza que descubre en las islas al atardecer.

—¿Te parece triste? —exclama el marido, sorprendido.

Es evidente la sinceridad de su sorpresa ante la inesperada reflexión de Berta. Y tanto es así, que estuvo a punto de replicar:

—¡Qué va'ser triste! ¿De ande sacás qu'es triste? ¡Si es lo más alegre!

Nada dijo, convencido que la tristeza descubierta por ella en el paisaje la trae encima desde San Pedro, después que se despidió de los padres. No cree prudente renovar esa pena que aun no ha desaparecido. En cambio, intenta substraerla a los recuerdos depresivos.

—¡Mirá allá! —exclama—. ¿La ves? ¡Una garza mora!

El ave zancuda, parada en una pata, alisa con el pico las plumas de las alas, sin dar señales de alarma.

—¡Qué hermosa! —admira ella.

—No haber traído el rifle —se lamenta Lindoro—. ¡Qué tiro me pierdo!

—¿Por qué quiere matarla? —protesta la joven.

—¡Por las plumas, pues! No hace un mes vendí una bolsa 'e plumón. Ahura no la pagan como antes. Hay miseria y naides quiere gastar. Ni la leña pagan. Como no hay trabajo, todos los desocupaos están hachando. Es una 'e andar gente ofreciendo astillas a montones. Cuando llego con la carga, no saco ni pa la nasta. Si la guerra sigue no sé cómo nos vamos'arreglar.

—Sí, las cosas andan mal —confirma Antonio, preocupado—. Por eso me vengo pa la isla, disparándole a la miseria.

Ahora también en sus ojos hay una sombra de tristeza, aunque no es la misma tristeza de Berta. La suya es una tristeza hostil y amarga.

JUAN B. JUSTO, por Dardo Cúneo

América tuvo para la emancipación sus caudillos, para organizarse sus teóricos y sus empíricos. Ha tenido también sus doctrinarios y sus apóstoles. Las promociones se suceden con regularidad aparente en todos los países, pero en ninguno tal vez con mayor exactitud que en la Argentina. En este país hay una auténtica "continuidad histórica": al guerrero de la independencia sigue el tirano centralizador, a éste la oligarquía culta, a la oligarquía el movimiento popular. Por cierto que esta continuación es dialéctica y se construye con negaciones. Negaciones teóricas y efectivas cuando la emancipación niega a la Colonia o cuando el post-Caseros niega al rosismo. Negaciones de hecho, exentas de aparato doctrinal cuando el Restaurador niega al liberalismo principista de la independencia o cuando el radicalismo genuino niega al régimen. Sólo al final del siglo, Argentina contempla la aparición de un hombre capaz de articular su oposición en ideas y de llevarla al campo de la lucha política a través de un partido de clase. Juan B. Justo adviene al escenario nacional en son de protesta y de esperanza. Con él adviene a América por primera vez, y efectiva, el socialismo.

La historia de este hombre, de sus ideas y de sus actos es la que pinta Dardo Cúneo en su "Juan B. Justo" (Americalee, 1943). El autor de "Esquemas Americanos", cuya devoción por los temas del continente y de sus pueblos es ejemplar por lo constante y honda, ha dedicado una investigación exhaustiva a la vida del apóstol socialista. El libro resulta así un valioso aporte documental, cuya rica información lo convierte en punto de partida inevitable para quien desee penetrarse de la historia social argentina en los primeros veinte años de este siglo. La compulsa rigurosa de fuentes ha permitido a Cúneo establecer la irreprochable sucesión de episodios que merece estas palabras de un hombre tan exigente y tan conocedor de aquella vida como Nicolás Repetto: "El trabajo de Cúneo es el estudio biográfico de Justo más completo y más serio de cuantos se hayan publicado hasta la fecha".

Como en el caso del "Marx" de Rühle, en el "Juan B. Justo" de Cúneo la biografía del líder motiva la evocación del país y del tiempo. El libro, empero, aunque tiene frecuentes incursiones en la biografía novelada, no constituye un ejemplar del género. Cúneo respeta con escrúpulo la verdad objetiva y no pone sus pensamientos en boca de su biografiado: deja que éstos salgan con sus propias palabras. Y si alguna vez los discípulos de Strachey mueven bellos muñecos al servicio de una composición imaginaria, en este libro el personaje se levanta en toda su nativa gravedad para moverse con los gestos y las actitudes que le eran genuinos. Justo queda así evocado sin retoques: como "la más completa de las personalidades del socialismo contemporáneo, ferviente, tierno y generoso, en la adustez de su obra disconformista". Palabras agudas de Macedonio Fernández que Cúneo no sólo cita sino también cumple y realiza a lo largo de los once capítulos de su libro.

Se inicia con una lograda reconstrucción del 1865, año del nacimiento de Justo y segundo de la guerra paraguaya. Los padres de Justo emigran al sur. De la pampa vuelve el joven Justo ganoso de estudio. En 1877 es el Colegio Nacional y la influencia de Estrada. Justo comienza a emanciparse del dogma. Cuando se gradúa de médico es ya hombre en vías de su propia realización. 1890 llega con su cosecha de fusiles. Justo está en la revolución. Alejado del radicalismo busca otras tácticas y otras ideas. Diríase que busca ideas, simplemente. Marx se las da y Justo traduce "El Capital". Los grupos obreros de habla extraña inician el movimiento socialista. Justo lee un aviso en "La Prensa" y acude a una reunión inicial, donde nace el socialismo argentino. "Este país se transforma", llama Cúneo los años que siguen. Argentina se transforma con multitudes extranjeras, con capitales, con rieles que cuadriculan la pampa. Paralelamente crece el movimiento socialista y Juan B. Justo ostenta su rango de conductor. En la polémica con Ferri, que Cúneo cita, plantea la posición del socialismo argentino, disidente en algunos aspectos de la teoría general social-demócrata. Después los acontecimientos apresuran su ritmo: 1914: la guerra. Justo es partidario de que la escuadra argentina defienda el comercio exterior. 1916: elección presidencial y triunfo de Irigoyen. Por esa época Justo es víctima de un atentado que Cúnea relata. Estaba curándose de la herida cuando las multitudes porteñas aclaman al jefe del radicalismo hecho presidente de la Nación por obra del sufragio libre que consagraba también a una brillante representación socialista. En torno al triunfo radical Cúneo escribe un capítulo polémico con cuya interpretación, por unilateral, disiento.

Doce años siguen después. Justo alcanza su acabada consagración de parlamentario y líder. Los conflictos internos del Partido le rozan sin herirlo. En la Cámara se vuelve familiar la figura activa, la palabra sarcástica, la sólida erudición del maestro. Y en 1928, a poco de una nueva crisis argentina, Justo muere súbitamente en la tranquilidad de su quinta suburbana.

Síguese esta vida a través de Dardo Cúneo con indesmayable interés. Como no se trata de una figura romancesca de caudillo, la suya es una historia más de sus ideas que de sus anécdotas. Ideas controvertibles, pero abonadas con el largo y sostenido esfuerzo de una espíritu superior. Tanto mayor elogio para el biógrafo que ha sabido entregarnos esta historia de un hombre que es también retrato y juicio de épocas.

ANDRES TOWNSEND

REALIDAD de América Y FICCION de América

Realidad de América y ficción de América... Sin duda, mejor dicho y más explícito fuera decir: "Interpretaciones exactas de la realidad de América e interpretaciones falsarias de la realidad de América". Mantengamos, empero, nuestro título; con ello afirmamos ipso facto que, a fuerza de calificarse bien y calificarse mal el fenómeno de nuestro hemisferio, su vivo organismo destilará, al fin, una esencia realista y un ficticio ropaje.

¿Pero cuál es la realidad de América? ¿Ha menester, para advertirla, una solemne erudición de academia? ¡No!... La ecuación de esa realidad tradúcese en un imperativo categórico: unirse. Si se escucha la voz continental se la oirá gritar como un címbalo resonante: "Tenéis un destino común a cumplir, y ello sólo es posible dentro de un clima ardiente de libertad"!'

Libertad, o aspiración a forjarla, ha sido y es en el Sur poco menos que una fatalidad histórica. Todo intento unificador dentro del mundo americano que mutile o desconozca esa aspiración ingénita —ya sea en lo político, en lo económico, en lo moral— sería una ficción; pulverizable, por tanto, al primer soplo, como ceniza dispersada por el viento.

El Norte, merced a su mayor educación política y a su riqueza, *institucionalizó* esa libertad sobre bases más firmes y la condujo por caminos más fáciles. El Sur, en cambio, no iluminó la conquista de su libertad con prólogo de alto pensamiento como la Revolución Francesa, ni con etapas pródigas de aprendizaje. Nació de súbito: hecho, ideal, programa de combate. Hàse dicho que la Democracia francesa fuè obra previa de su filosofía. Nosotros fuimos obra previa de la democracia.

Tan noble sanción histórica se confunde con nuestro origen. Carecíamos de instituciones, pero teníamos —en inmanencia —ese vislumbre de la libertad. Fué una intuición, un presentimiento. De ahí que en sus horas más aciagas la libertad luchó por subsistir como lo haría un hombre desahuciado o hambriento, merced a su instinto de conservación. Extirpar ese instinto en América —¡y vaya que ha sido intentado!...— sería pisotear su realidad y exponernos a la muerte por asfixia. Instinto vital, al que dictaduras y economías agresivas pretendieron o pretenderán en vano adormecer, rebulle en el Centro y en el Sur, con más hondura y más alta abnegación. Nuestra conciencia de la libertad se ha templado en las pruebas más duras. Ello hará que, en la sutil perspectiva del tiempo, la desventaja originaria se convierta en mayor posibilidad creadora.

Si nos proclamamos americanos realistas, no erigiremos por rumbo y bandera un fastidioso escepticismo. Contrariamente, una de las premisas continentales debe ser la de negarnos a cumplir nuestras responsabilidades llorando como mujeres, heridas del pasado, o dudando de la buena fe de todos. Nuestra premisa es confiar. No nos desplomaremos en la estúpida ingenuidad de creer lo que no debemos, ni de no creer lo que debemos. Muertas son las horas vacilantes, del mondo palabrerío y de la dogmática pesadez. Aquel enunciado fáustico: "En el principio sólo la acción era", define el sentido de una etapa americana de la que somos actores vivos y responsables. —¡Basta, pues, de oscuras elucubraciones!... ¡Basta de teorías de mundos perfectos forjadas en instantes de delirio, o de infantil esperanza!... Tomemos nuestra América en su desnudez: con las injusticias de unos; con los errores de otros; con sus alegrías y sus fracasos, con sus virtudes y sus defectos. Sólo así podremos amasar en común esa noble levadura, y construiremos mejor y más alto, interpretando el hemisferio como es y no como tendría que haber sido.

Acostumbremos la mente y el corazón a un axioma: aquí no hay víctimas ni victimarios. Millones de oprimidos de los campos y las ciudades —carne dolorida de la indigencia— no son víctimas, sino manos crispadas y heroicas que en su oscuro sacrificio nos están señalando el rumbo de una nueva Verdad americana. Todos somos necesarios. Nadie puede prescindir de nadie. Ya veis: pese a su inferioridad materialista, Indoamérica lleva en sí una fuerza profunda insustituíble para la estructuración unitaria del hemisferio. Sus lágrimas y su sangre obrarán, admirable paradoja, como agentes catalizadores en el fenómeno continental.

Por otra parte, peligrosa idea sería admitir que la cadena simbólica de nuestro destino va a eslabonarse simplemente con las urbes. ¡Nunca!... En la jungla, en la montaña, en la provincia, en la pampa, en el subsuelo, crepita una energía de inmensurable poder creador. ¡Que la urbe no lo desprecie!... Pero nosotros, custodios de esa energía, no la ocultemos: ¡brindémosla generosamente!

—¿Y qué subsiste en la América actual de la vieja lucha entre barbarie y civilización? ¿Plantéase, acaso, con la hermosa simplicidad denunciada por Sarmiento? Lejos de ello, la misma confusión de ideales, vocaciones, luchas y sufrimientos de esta época, pareciera reproducirse como un *film* en la antinomia barbarie-civilización. La presencia de la técnica ha civilizado "bárbaros" que, en su fondo, continúan siendo groseramente primitivos. La ausencia de la técnica —que en nuestra América ha crecido con peligrosa desigualdad hizo "bárbaros" por fuera a quienes, spiritus intus, no poseían nada de tales. Consecuencia lógica: para la cicatería de muchos analfabetos "técnicamente" enriquecidos, el dinero es índice calificador de la altura individual del espíritu. Y la ausencia de dinero, prueba inequívoca de una barbarie individual del espíritu.

América debe ordenar ese confuso tráfago de falsos y verdaderos conceptos. De no hacerlo, la experiencia histórica de su identidad de hoy y de mañana resultará el más pueril y tonto de los espejismos.

Muchas ficciones apresan aún, como garfios invisibles, al cuerpo continental. Si se excusara la licencia diríamos que en muchos dirigentes políticos e intelectuales —tan imaginativos como poco realistas— subsiste una suerte de *ficcionalismo* americano. Cierta literatura ha propagado sus ficciones como una epidemia, generando una falsa filosofía que llama verdad, hecho, realidad, a productos impalpables de la imaginería o del ensueño. Posteriormente a "La Vorágine" y a "Huaspungo", la bibliografía torrencial que siguió la línea de esas dos obras señeras hizo creer, por momentos, que el único problema angustioso de América era el oculto tras la fiebre de los cauchales, en el perdido misterio de la selva. La imaginación desbordante de algunos escritores y el afán deshonesto de mercantilizar determinados temas, produjeron un doble efecto: 1º) deformaron realidades sangrientas de la vida americana; 2º) a fuerza de oír repetir esas realidades con desesperado mimetismo, el lector terminó por no creer en ellas, o por subestimarlas. Y esto es decir que la función social de una literatura constructiva, se expuso a su propia ruina.

A idéntico peligro nos condenan los indoamericanistas excluyentes que en un santiamén crean una civilización americana perfecta de suyo, y la muestran ante el asombro de los neófitos como una evolución cultural ya cumplida. No nos engañemos: "Hay que andar despacio cuando se tiene prisa". Mucho hemos andado, mucho padecido. Pero estamos todavía en el dramático comienzo. No hablemos con gravedad de pueblos milenarios, sino con la nobleza de pueblos jóvenes tan convencidos de sus méritos como de la difícil y larga experiencia que aun tendrán que sufrir.

Otras ficciones de América ha creado el problema argentino, en lo que se refiere a la solidaridad continental. Los argentinistas dogmáticos y los enemigos acérrimos de la transitoria posición de este país dentro de la política americana, caen en extremos ridículos. *"Extrema se tangunt"*: los extremos se tocan. En este caso, el punto de contacto es la coincidencia en la ficción. Observadores exagerados del segundo grupo, suelen creer que con una Argentina *segregada* es factible el equilibrio continental. Error tan craso y estúpido, como el de los nacionalistas obnubilados que predican algo así como un espléndido aislamiento. Posiciones falsas y vacías de sentido, ambas. ¡América no puede prescindir de Argentina; Argentina no puede prescindir de América!...

Las jóvenes generaciones tendrán que prevenirse contra el virus de esas ficciones que nos llegan del pasado, o que se engendran en la sombra de la confusión actual. La realidad de América es una e indivisible, lograda o por lograrse. Sobre su pecho inmenso tendremos que inscribir el programa de un mundo joven y libre. Vanos serán los esfuerzos, si no extirpamos del continente mil gérmenes infectos que todavía existen, y actúan, y corrompen. Recordemos un adagio chino de brutal elocuencia: "Es imposible tallar sobre madera podrida".

Por OSCAR FALCHETTI
Director del Instituto de Cultura Occidental de Montevideo, Uruguay

ABISMOS...

Hundíanse los pies en el polvo acumulado por los vientos, tornadizos e inconstantes, mientras marchaba entre los chañares y la jarilla, de mortecino color rojizo, que se agostaban a los costados del camino.

La escurridiza arena sucedía a la odiosa greda, apresaba las alpargatas, y traía lentamente a su alcance, los cerros que desperezaban sus jorobas rapadas. Dejó atrás la alcantarilla del ferrocarril, pasando por debajo de las vías que trazaban una paralela en lo alto.

Después de un recodo tuvo a la vista el rancho perdido en el hemiciclo de colinas que cerraban el horizonte. Dábale entonces el perfil. Vió la ancha chimenea saliente, destacándose de la pared, y el esquema de la enramada, frente a la colina.

Formando patio, un cuadrángulo de ramas secas de chircas se extendía a lo largo de toda la primitiva habitación, compuesta por la cocina y un solo cuarto.

El suelo, pisoteado y duro, se extendía hasta la única planta que rompía la aridez grisácea, un añoso chañar, junto a las lucientes chapas del tanque australiano.

Algunos chivos moteaban las laderas pardas. El viejo Painecura se desarticulaba llevando el caballo por un sendero; descendió y le vino al encuentro. Su rechoncha silueta se destacó de las piedras, y pronto lo tuvo cerca, con sus ojillos oblicuos que se achicaron un poco al mirarlo. Sonrieron las mil arrugas de su rostro chato, color cobre desteñido.

La curiosidad expulsó del rancho a una mujer de largo vestido negro, polvoriento y un racimo de muchachones, cohibidos y embutidos en bombachas hombrunas.

Aproximóse la mujer para cambiar los consabidos saludos, apenas murmurados al rozar de la mano, y emitidos en un solo aliento:

—¿Cómo-le-va-bien-y-a-usted?

Bajo la enramada tomó asiento sobre rústicos troncos descortezados. Al sobresalto producido por la llegada sucedió uno de esos silencios diplomáticos, en que los interlocutores parecen otearse y examinarse, disimuladamente, como presuntos antagonistas.

El viejo se ubicó frente a él, buscando instintivamente un apoyo que le guardara las espaldas. La mujer recostóse contra la puerta de la cocina. Dispersáronse los muchachos, lo suficiente como para no intervenir en la conversación y, a la vez, no perder palabra ni gesto.

Zumbaban las chicharras. Un brusco golpe del molino, en cuyas aletas se centraba el viento, quebró, eléctrico, la espectación.

Encendiendo, lentamente, un cigarrillo, Don Marcelo lanzó, con sumo cuidado, la primera finta.

—La varilla debe estar suelta —dijo.

El blanco, tocado, dió muestras de inquieto recelo.

—¿Varilla suelta? —preguntó Painecura, mientras brillaban, perplejos, sus ojillos—: ¿Cómo, si echa agua?

—Cuando la varilla golpea abajo, indica que empieza a desprenderse.

El viejo, cuyo cerebro era impermeable a aquellas cuestiones de técnicos, echó un vistazo a la rueda juguetona, y se encerró en el silencio.

Una ráfaga de aire se desprendió de las colinas, corrió al polvo del llano, chispeó en el molino, abofeteando los rostros. El olor de la carroña dilató sus narices y, con horrenda acentuación de la muerte, le cortó la respiración. Ya la mirada anduvo inquieta, igual que cuervos ansiosos buscando el bulto del cual emanaba, y no se detuvo hasta dar con un montón informe de cueros frescos.

El sensible organismo de Don Marcelo, reaccionó ante el golpe con una indiferencia concentrada.

—¿Y éso?

—Vacas muy flacas —respondió Painecura— y se empiezan a morir.

Toda la nerviosidad del dueño de la estancia se descargaba en el movimiento, rápido e incesante, de su pie derecho, que cabalgaba sobre la otra pierna, y respondió a la confirmación de sus temores con una pitada profunda y prolongada.

Entonces la mujer se volvió a él, y con voz clara, lanzó una imagen que sonó rotunda y con la exactitud de una definición:

—¡Están como tísicas!

Despiadadamente las manos del viejo, tintas en sangre y sucias de tierra, extendieron sus articulaciones nudosas.

—¿Ve, Don Marcelo?, acabamos de carnear y sacar cueros —y, husmeando, agregó—: Tal vez estén un poco pasados.

Pensativo, y como si hablara consigo mismo, murmuró Don Marcelo:

—Con los otros cueros puede ser que pasen... Lástima que se mueran las vacas, justo ahora...

—Monte está muy seco. Plantas peladas, falta comida.

—Se prolonga demasiado la sequía... Si aparece algún animal que esté muy débil, avíseme. Lo llevaremos abajo y trataremos de salvarlo.

Los párpados velaron sus pupilas. Quizá apenas entreviera el vaivén silencioso de la mujer que asistía a su esposo mientras se lavaba las manos, bajo un chorro de agua que ella dejaba caer de una vieja lata.

Ella acataba, humildemente, las órdenes del viejo, llena de una sumisión resignada, cumpliendo sus funciones casi con delicadeza y dulzura.

Ante los ojos de Don Marcelo la figura de aquellos seres hízose borrosa. Fué perdiendo forma, concisión. Su individualidad se esfumó, convirtiéndose en abstracciones, en símbolos. En primer término apareció como barro vivificado por el soplo divino, fué luego Verbo, Inteligencia, Idea, según lo concibieran los distintos credos religiosos o filosóficos.

Transformóse en conjunto de fuerzas mágicas; en complicado mecanismo, especie de robot nacido al azar de una



combinación química, puramente fortuita. Al calor de una nueva tendencia cada una de sus células adquirió movimiento, convirtiéndose en una enorme vibración.

Finalmente, gracias a la aparición de un par de polluelos que piaron entre sus pies, aquellas sombras fueron nuevamente una realidad.

—Empezamos la esquila mañana —dijo Don Marcelo, tanteando el terreno, y, transcurrida una pausa prudente, agregó—: ¿Quiere venir de playero?

¿Presentía el viejo aquello, o lo tomó desprevenido?

Painecura reaccionó con cautela. Permaneció en su actitud de honda preocupación unos instantes. Hundiendo las dos manos en el abdomen, respondió en seguida:

—No puedo ir. Me duele mucho aquí. No he podido dormir en toda noche.

Su voz resonaba quejumbrosa, acompasada en el balanceo de su entonación, y transformando las eres líquidas en dentales.

—Hoy amanecimos sentados.

El extraño mecanismo de sus mentes, orientadas hacia dimensiones distintas de las del visitante, la palpitación de sus organismos, parecían flotar alrededor de ellos en un halo viscoso y pesado.

La voz de la mujer, somnolienta, extrañamente suave, llegó a través de abismos inmensos.

—Es como un dolor cansao.

Una corriente de simpatía establecióse entre los cónyuges, mientras ambos embestían contra Don Marcelo, haciéndole una descripción detallada de los síntomas y de los remedios aplicados. De la enfermedad del estómago pasaron a la del corazón, y de los buches con caña hasta la absorción del carbón en polvo, recomendado por el estanciero, y de agua florida, recomendada por la tradición.

El molino trituraba el aire, exprimiéndole el agua que vertía, ruidosamente, en el tanque.

Encastillados en su hosquedad los muchachos escuchaban sin perder palabra, presintiendo, tal vez, un peligro que se cernía sobre ellos.

Y el golpe amagado se descargó:

—¿No podría venir Jacinto?

El aludido, que asistió al diálogo, mudo y arisco, vió cómo su padre se aferraba a la tabla de salvación que le ofrecía aquella propuesta, y finalmente, henchido de importancia, le daba consejos:

—Mirá que trabajo difícil. Hasta hombres baqueanos equivocarse con latas. Hay que ser rápido, contar vellones, y dar latas por cada —díjole, mordisqueando los artículos, que ramoneaba y tragaba.

Y el muchacho escuchaba, mudo, sin revelar las reacciones de su ánimo, sumergido en un mundo lejano, distinto, extraño, y tal vez opuesto.

Las lomas se orlaron de violeta. Sobre la bóveda celeste extendióse el tenue rosado de una mejilla pura. El día se disolvía en ondas de colores que se enroscaban alrededor de sus sentidos.

Entonces se produjo algo inesperado.

De la casa salió la música quejumbrosa de una armónica que convertía cierto motivo fútil, en la prolongación de un aliento humano.

Brotando del silencio, esa música dulzona suavizó la aridez del paisaje. Surgió, perezosa, del miserable rancho, cuyas paredes empezaban a inclinarse, se arrastró por la enramada, y, después de revolotear junto al extraño, se perdió entre los picos.

El se estremeció ante el influjo de la escena y al oír esa nota, que parecía rebuscada por algún hábil manipulador de títeres pensó en el enorme abismo que los dividía y separaba; en la imposibilidad de concordancia de sus mentes dispares;

Volvióse, dejando atrás el desolado camino vacío, como días de la vida, ya vividos...

L U I S   O R S E T T I

LA MUJER: Su posible felicidad sexual

C O N T I N U A C I Ó N

Día a día las ciencias biológicas confirman más la razón del viejo aforismo romano: "Qualis uterus, talis femina" (tal útero, tal mujer). En esa época se desconocía la existencia de los ovarios y, lógicamente, también todas las múltiples funciones de su secreción interna que, en definitiva, es la que realiza la femineidad, en la misma proporción que, en el varón, la secreción interna de los testículos es la que realiza la masculinidad. Hoy, de acuerdo a nuestros conocimientos, podemos afirmar, parodiando la vieja frase, pero con mucha más propiedad: Tales ovarios tal mujer. Naturalmente que este nuevo aforismo de la ciencia moderna es una verdad desde el punto de vista puramente animal y con igual valor para todas las especies, pero no en el humano, y mucho menos en el humano civilizado, y menos aun en el super civilizado.

Ya Virchow (1821-1902), contemporáneo de Brown Sequard (1817-1894), vale decir que bien poco o nada podía saber de lo que hoy conocemos de las secreciones internas, decía que "en la mujer las cualidades de su cuerpo, de su espíritu, lo que en ella nos place, lo que nos irrita, lo que nos extraña, todo lo verdaderamente femenino depende, en último término del estado fisiológico de sus ovarios".

Desde que la magnífica genialidad de Claudio Bernard y los extraordinarios trabajos de Brown Sequard fundaron las teorías de las secreciones internas y el segundo echó las bases de la endocrinología y de la opoterapia modernas han pasado muchos años de labor científica, y los progresos, en esta materia, han superado al tiempo, descubriendo y creando verdaderas maravillas, tanto que, ya en 1915, Marañón podía decir: "Todos saben qué enorme es la literatura acumulada sobre la vida sexual, en sus varios aspectos: fisiológicos, patológicos, sociales, etc.; pero, por mucho que sea lo que se investigue y lo que se escriba, no se agota el interés que el tema despierta. A despecho de todo, la vida de los hombres gira durante muchos años en torno de momentos sexuales, y aun las cosas que más apartadas parecen de la esfera sexual reciben desde lejos su influencia, y, más o menos indirectamente, obedecen a ella. Ahora bien: todo el complicado conjunto de las manifestaciones sexuales, normales o anormales, considerado desde un punto de mira biológico, viene a reducirse a un capítulo de fisiología normal y de fisiopatología de las secreciones internas. Es claro que las glándulas genitales son las que principalmente influyen en los accidentes de la vida sexual, aunque no exclusivamente". Marañón, lo mismo que toda la ciencia positiva moderna, reconoce la enorme importancia, casi preponderante, de todo lo relacionado a la influencia sexual en la vida humana, y, cuando él dice: "gira durante muchos años", se refiere, naturalmente, a los años de actividad sexual que pueden prolongarse más o menos según los individuos, pero que, en todos los casos, son los de mayor lucimiento intelectual y de mayor productividad en general.

Pero en el ser humano, más aun en el civilizado, y mucho más en el de nuestra "civilización" urbana, influyen otros factores que, en esa esfera más que en ninguna otra, pueden obrar en contraposición a los naturales y trastrocarlos.

En la práctica profesional, todos los médicos vemos a diario cómo una gran cantidad de factores de orden puramente psíquico intervienen, tanto en el hombre como en la mujer, pero mucho más en la mujer, alterando todas las posibles funciones orgánicas, o mejor dicho psico-orgánicas, ya que en la especie humana es cada vez más imposible disociar, en ningún momento, esos dos factores que hacen la personalidad integral del individuo. Si todas las funciones, lo mismo la digestiva que la intelectual, pueden alterarse por causas psíquicas, las más sensibles frente a estas causas son las dependientes de las esferas genital y psico-sexual; así, por ejemplo: las impresiones bruscas, las grandes emociones placenteras o dolorosas, las preocupaciones de cualquier índole, los temores, los deseos reprimidos, la ansiedad, los estados angustiosos, los recuerdos conscientes o los inconscientes o subconscientes acumulados desde que se nace, en una palabra, todo lo que puede obrar directa o indirectamente sobre el espíritu, según las circunstancias y los momentos individuales o en relaciones sociales, exaltan, deprimen, anulan o enferman este grande y preponderante sector de la personalidad humana "alrededor del cual la vida de los hombres gira durante muchos años", y frente al cual, en cual-

quier momento, toda la posible grandeza o superioridad del hombre actual se convierte en pobre pequeñez humana.

En cuanto al estimulo sexual en si hoy podemos asegurar que tiene sus fuentes en un complejo de factores hormonales, nerviosos y psiquicos, interviniendo en estos últimos todos los posibles elementos del ambiente, sean éstos excitantes o deprimentes, para bien o para mal, según que obren a favor o en contra de las necesidades fisiológicas, de la sensibilidad, de los afectos, de los sentimientos o de las posibilidades sociales de los individuos. Esa correlación constante entre las secreciones internas, el sistema nervioso y el psiquismo, que hoy comprendemos que es lo que hace la verdadera personalidad social del ser humano, es, también, la base más sólida de la sexologia moderna, sexologia que, al referirse a la especie humana, en ningún caso puede dejar de llamarse psico-sexologia.

Esta psico-sexologia nos enseña que ninguna de nuestras células, de cualquiera de los tejidos que sean, puede substraerse, en momento alguno, a la influencia poderosa de lo sexual. Que es lo sexual lo que nos erotiza, y que es esa erotización lo que, en el lenguaje psicoanalitico, con toda la acepción que esta nueva ciencia, le da al término, nos sublima. Son justamente los elementos de orden extrinseco que tan intensamente y en forma tan importante pueden obrar en ese complejo vital, influyendo para provocar cualquier desequilibrio en su magnifica correlación, los que más nos interesan en este trabajo y los que nos obligan a decir que la mujer civilizada si es una enferma.

Todas las teorias y las demostraciones de la psicologia normal y patológica, del psicoanálisis y de la psicoterapia, desde Bleuler, Freud, Breuer, Adler, Stekel, Jung, Janet y tantos otros, cada uno desde sus distintos puntos de vista pero todos más o menos coincidentes, nos han hecho ver cómo: "lo inconsciente", "la libido", la vida instintiva, "el conflicto animico", "la represión de complejos" y tantos otros fenómenos del mismo tipo, son los entes invisibles y, hasta fantasmagóricos para el vulgo, que están en todas partes, que aparecen a cada paso, que no nos dejan de dia ni de noche, dirigiendo o controlando todos nuestros actos. Esta nueva ciencia ha derribado viejos monumentos cientificos que durante muchos años y siglos orientaron nuestros conocimientos y por consecuencia las relaciones sociales, aunque no siempre, ni todas estas relaciones asienten sobre conocimientos cientificos.

En el terreno de la patologia de la mujer, desde Hipócrates y Galeno hasta no hace muchos años, a pesar de los precursores como Kraepelin, Möebius, Binswanger y otros, se consideraron a las enfermedades genitales como causantes de todos los trastornos histéricos y de muchas psicosis. Hubieron psiquiatras, como Bossi que, con esos conceptos, afirmaban que los directores de los manicomios debian ser ginecólogos. De esto al antiguo concepto bárbaro que aseguraba que la mujer era la fuente de todos los males posibles, o al criterio católico de la época en que los padres de la Iglesia dudaban si la mujer era o no un ser humano, vale decir si tenia o no un alma como la del hombre, no hay más que gradaciones y diferencias de forma.

La idea de que las enfermedades de los órganos genitales y sexuales de la mujer eran las que engendraban todos sus trastornos psiquicos se ha ido extinguiendo poco a poco, a medida que la ciencia ha hecho conocer nuevas y más positivas verdades, y, aunque la verdad cientifica nunca debe ser totalmente absoluta, por más cientifica que sea (no nos olvidemos nunca de Einstein), hoy sabemos que existen perturbaciones psico-sexuales que pueden influir sobre todas las fases de la personalidad, pero que nada tienen que ver con las enfermedades puramente ginecológicas; sabemos también que muchos sintomas ginecológicos pueden ser engendrados por influjos animicos; que algunos trastornos anátomo-ginecológicos repercuten sobre el sistema nervioso hasta poder trastornar el psiquismo; sabemos que muchos trastornos de la función genital, en órganos anatómicamente normales, pueden ser producidos por causas afectivas, etc. Conocemos, como una verdad, la interdependencia de todos los órganos y funciones de nuestro ser.

Entre los trastornos ginecológicos más comunes y que aquejan a mayor número de mujeres, están los distintos tipos de dismenorreas (menstruaciones dificiles y dolorosas). Es indiscutiblemente a este sindrome de tan fácil observación, aun para el profano en medicina, al que se referia Michelet para asegurar que la mujer por el solo hecho de tener menstruación, vale decir de ser mujer, es una enferma.

Michelet (1798-1874), aunque liberal y democrático, vivió casi toda su vida productiva entre la aristocracia y la nobleza del Paris de esa época. En 1830 fué nombrado profesor de historia de la princesa Clementina, hija de Luis Felipe, dato éste que nos demuestra perfectamente bien cuál podia ser su campo de observación. Toda su obra está profundamente influenciada por la escuela romántica que triunfa con Victor Hugo en la misma época. Es indiscutible que en el libro que nos ocupa ha tenido una influencia poderosa su vida sentimental: se casó por primera vez a los 26 años, enviudó a los 53, se volvió a casar con una mujer joven, enamorada de su personalidad, a los 54 años y publicó "El amor" a los 60 años.

El mismo Michelet, en el capitulo que nos ocupa, da la razón a nuestra tesis cuando dice: "¿Es ese un estado pasajero? No. Cuando la mujer no aniquila su sexo con un trabajo excesivo, como nuestras toscas campesinas que desde niñas se convierten en hombres; cuando no cesa de ser mujer, se encuentra por lo general enferma una semana a lo menos por cada cuatro; pudiendo decirse que ya no es tranquila la que precede a la de la crisis, asi como los ocho o diez dias que siguen a esta semana dolorosa los pasa en una languidez y debilidad no explicada antes, pero ahora conocida: es la cicatrización de la herida interior que, en el fondo, constituye todo este drama. Asi, pues, quince o veinte dias en cada veintiocho, puede decirse casi siempre, la mujer no es, en realidad, una enferma únicamente, sino una herida... Padece incesantemente la eterna herida del amor".

En el mismo capitulo dice: "¿Queréis saber quién es la persona verdaderamente desgraciada y la imagen perfecta de la piedad? Es la mujer que, en invierno y en determinados dias, lacerada y temerosa de ciertos accidentes prosaicos que a menudo se presentan simultáneamente, se ve obligada a ir al baile a reir en medio de una turba frivola y cruel..." Habla de las mujeres de su mundo, de las únicas que conoce y siente, de las únicas que son perfectamente mujeres, según él; de las que, según nosotros, padecen de la enfermedad que les produce ese mundo que las deshumaniza transformándolas en "el objeto del amor", en esos seres frivolos que, si trabajan, si adquieren personalidad social, si se sanan de su estúpida enfermedad, se equiparan a esas "toscas campesinas que desde niñas se convierten en hombres", pero que son completamente femeninas porque son sanas, fuertes, bellas y alegres, porque saben amar y hacer feliz al hombre que aman, y porque son excelentes madres.

Nos interesa la personalidad y la obra de Michelet porque él y todos los que pensaban como él hicieron escuela, y porque desgraciadamente aun hoy el concepto general se basa en los principios de esa escuela. Hay muchos médicos, viejos y jóvenes, que, a pesar de conocer todo lo que enseña la ciencia moderna, piensan exactamente igual de lo que pensaba Michelet y actúan, profesional y socialmente, atados siempre a esos conceptos.

Ahora bien, la mayoria de los sexólogos que más han profundizado en esta materia, como Mantegazza, Havelock Ellis, Bloch, y tantos otros, estudiando social y biológicamente los pueblos más variados, desde las tribus salvajes primitivas hasta los pueblos de las más diversas civilizaciones, nos enseñan, concordantes con nuestras observaciones, que todos esos trastornos que hacen de la mujer una enferma son totalmente desconocidos entre las mujeres que viven más naturalmente y que empiezan a aparecer y a intencificarse a medida que los conceptos morales y sociales de las civilizaciones las van deshumanizando.

Vemos pues que el error del autor de la "Historia de la Revolución Francesa", "La bruja", "El pájaro" y tantos otros libros magnificos hoy solamente puede ser aceptado, real o aparentemente, como verdad por los que tienen algún interés individual o social para explotarlo, pues no se concibe que puedan existir hombres que tienen el deber de actuar en sociedad como intelectualmente superiores para los que, con criterio semejante, la mujer, cuando más, es una menor de edad, con todas las deficiencias de tal, en la especie humana.

Dr. MANUEL MARTIN FERNANDEZ

CANJE

Boletin de Educación, Santa Fe; *Correo de Asturias*, Buenos Aires; *Cultura*, Cañada de Gómez; *Cultura, Tribuna de Cristianismo Integral*, Buenos Aires; *El Auto Argentino*, Buenos Aires; *El Argentino*, Saladillo; *El Magisterio*, Corrientes; *El Surco*, Cruz Alta; *El Indio*, Buenos Aires; *El Auto Rosarino*, Rosario; *El Puerto*, Ing. White; *Educación*, (Revista), Córdoba; *Guaymallén*, Mendoza; *Itinerario de América*, Buenos Aires; *La Reforma*, Tucumán; *La Verdad*, Teodolina; *La Carreta*, Avellaneda; *La Semana*, Villa Constitución; *La Verdad*, Resistencia; *Nueva Epoca*, General Alvear; *Nueva Vida*, Avellaneda; *Nueva Epoca*, Punta Alta; *Sarmiento*, Rosario; *Unión*, Rosario; *Vida Comercial*, Rosario.

Boletin de Bibliografia, Yucateca (México) *Boletin de la Unión Panamericana*, Washington; *Chorotega*, Masaya (Nicaragua); *El Pueblo*, Sta. Lucia (Uruguay); *España Libre*, New York (U. S. A.); *El Observador*, Irapuato (México); *En Viaje*, Santiago (Chile); *Forma*, Revista de Arte, (Santiago (Chile); *Gazeta de Limeira*, R. de Janeiro (Brasil); *La Libertad*, San Carlos (Uruguay); *L'Adunata dei Refrattari*, New York (U. S. A.); *México Agrario*, México; *Marcha*, Montevideo (Uruguay); *Normas*, O. de Lavalle (Uruguay); *Mancomunidad*, México; *Renovación*, Caracas (Venezuela); *Revista Nacional de Cultura*, Caracas (Venezuela)



HOMBRE DE AMÉRICA

FUERTE Y LIBRE

AÑO IV — FEBRERO DE 1943 — Nº 18

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 071781

NOMINA DE COLABORADORES

POR ORDEN ALFABETICO

Paco Aguilar — Miguel Angel Angueira — Germán Arciniegas.

Tito L. Bancescu — Julio R. Barcos — Leónidas Barletta — José Basiglio Agosti — Prof. Francisco C. Bendicente — Ing. Carlos Bianchi — Aurora Bogú — Herminia Brumana — Marta Brunet — Antonio J. Bucich.

Dr. Edgardo Casella — Oscar Cerruto — Dr. Florencio Charola — Justino Cornejo (Ecuador) — Dr. Enrique Corona Martínez — Olga Cossettini — Dardo Cúneo.

Carlos de Baraibar — A. Díaz Urrieta — Serafín Delmar.

Oscar Falchetti — Luis Fernández Zárate — Waldo Frank (E. Unidos).

Gerardo Gallegos (Cuba) — Dr. Rafael Grinfeld — Gilberto González y Contreras (Cuba).

Jorge Hess — Prof. Dr. Alfonso L. Herrera (México) — Josua Hochstein (Estados Unidos).

Dr. Juan Lazarte — Layle Lane (Estados Unidos) — Dr. Enrique Loedel Palumbo — Alfonso Longuet.

Dr. Manuel Martín Fernández — Mauricio Magdaleno (México) — Ing. Jacobo Maguid — Alberto Maritano — Aurelio Martínez (Perú) — Félix Molina Téllez.

Dr. Isidro J. Odena — Juan G. Olmedilla — Luis Orsetti.

Lucila Palacios (Venezuela) — Armando Panizza — María Luisa Petettin — Magda Portal — Enrique Portugal — Jacobo Prince.

Eugen Relgis (Rumania) — José Riera (Bolivia) — Octavio Rivas Rooney — Horacio E. Roqué.

Dr. L. Sack — Dr. Alberto Sagastume Berra — Diego Abad de Santillán — Dr. Jaime Scolnik — S. Fanny Simon (Estados Unidos) — Dr. Joao da Souza Ferraz (Brasil) — Juan Antonio Solari — Agustín Souchy.

Dr. Saúl Taborda — Andrés Townsend Escurra — Jacinto Toryho — Prof. Víctor Troncoso (Chile) — Ricardo Tudela.

Abraham Valdez (Bolivia) — Rafael Heliodoro Valle (México) — Antonio Vázquez Escalante — Arturo Vilches — Dr. Elemer von Karman.

Alvaro Yunque.

ILUSTRADORES

Camblor — Carybe — Gustavo Cochet — Enrique Fernández Chelo — José Antonio Ginzo — Emma Jauch — Kras — Pedro Olmos — José Planas — Francisco A. de Santo — Demetrio Urruchúa.

Dirección: A. CUPIT

Redacción y Administración
ALSINA 736
BUENOS AIRES
U. T. 34 - Defensa 0297

Toda la correspondencia debe ser dirigida a nombre de A. CUPIT. Giros y toda clase de valores a VICENTE CASADO

Suscripción anual:
ARGENTINA: $ 3.50
EXTERIOR: 1 dólar
Ejemplar: 30 centavos
Exterior: 0.10 dólar

La responsabilidad de los conceptos e ideas expuestos en los trabajos firmados que se publican incumbe exclusivamente a sus autores. El Comité de Dirección, de acuerdo con el criterio enunciado en la Declaración inicial, no ejerce censura previa sobre las colaboraciones, ni aun en las secciones fijas, a cargo de redactores permanentes. Por tanto, declara que en ningún caso ellas implican una opinión oficial de HOMBRE DE AMERICA.

CORREO ARGENTINO
TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 4989

Impreso en Argentina
Printed in Argentina